

COLECCIÓN CRÓNICAS PERIODÍSTICAS

OLFATEANDO EL AMBIENTE

Víctor García Del Val



Instituto de Cultura
CHACO TODAS LAS CULTURAS



CHACO
Gobierno de todos

ISBN en trámite

Jorge M. Capitanich

Gobernador de la Provincia del Chaco

Mariela Quirós

Presidenta del Instituto de Cultura del Chaco

Corrección: Dirección Letras | Instituto de Cultura del Chaco

Ilustraciones de tapa: **Andrés Ignacio Bancalari**

(serie Arquitecturas de la Resistencia)

Caricatura en solapa: **Abel Ocampo**

Asistencia en diseño de tapa: **Gustavo Insaurralde**

Diseño editorial: **Rosario Varela**

INSTITUTO DE CULTURA DEL CHACO

A. Illia 245, C. P. H3500AVE, Resistencia, Chaco

(03722) 453547

chacotodaslasculturas@gmail.com

<http://cultura.chaco.gob.ar/>

PRÓLOGO

Del Val en otra vida, bien pudo ser Cyrano de Bergerac por el protagonismo de su nariz, pero también por su devoción al eterno femenino; pudo ser Quijote o Cervantes –que uno y otro es lo mismo–; pudo ser un relojero meticuloso o un científico loco.

En esta vida le tocó ser periodista pero además, en igual rango, fotógrafo, poeta, ajedrecista, linotipista, dibujante, esgrimista, pintor, entre varios otros oficios y pasiones.

Este libro, que sintetiza una parte mínima de su hacer periodístico en medios chaqueños, impele a tomarlo desde la faz literaria, si dejamos en claro que el periodismo escrito, inteligente y bien escrito, es literatura. Y para demostrar sus dones, este extracto de Para un caballo que galopa en mis sueños que conforma la edición, donde pinta el autor un autorretrato de cuando hacía la colimba: “Permítanme presentarme: Soldado conscripto oficinista clase 1934 García Víctor. Burócrata por formación y medio civilacho por convicción. Atado a una vieja Underwood que tecleo a destajo, sin sueldo ni sindicato, como espero no volver a intentarlo –gratis al menos– mientras dure mi existencia. Acostado y levantado con las estrellas. A los pitazos. Sirviéndole de despertador a los gallos. Esquelético, narigón y dueño de unas proporciones físicas que dieron al traste con los cálculos de los sastres militares para la confección standarizada de los uniformes.

Ello me valió el sobrenombre de “Chupete”, por las alforzas que invariablemente adornaban mi cintura porque las chaquetas siempre me caían chicas de espalda y grandes de cintura. Y los pantalones, ni qué decir. En fin, un aspecto tan antimarcial que hacía exclamar a mis superiores cuando me veían por primera vez: “¡Pobrecito...! ¡Quién te habrá metido en esto...!”

Así es Del Val, cuentista por vocación.

No es sólo cómo va desovillando el hilo de lo que cuenta, las referencias aleatorias con que se introduce al tema, la palabra exacta que muchas veces suena con belleza arcaica, las terruñeras imágenes que colorean sus descripciones; sino también ese don del autor –perfeccionado con la experiencia– que en lo mediocre halla creatividad, en lo pasajero trascendencia, en lo nimio profundidad.

En sus escritos, sin hacer alharaca, nos introduce por caminos cultos, arma andamiajes teatrales, tensa el hilo del relato con mano de artesano, se despacha cada tanto con alguna visión poética y a cada vuelta de esquina larga un chispazo de humor –un humor omnipresente también en el hombre Del Val–; hasta en el drama y la tragedia, pone su dosis de esperpento.

Escarbador de la realidad con la curiosidad no del niño sino del filósofo, y la inteligencia al servicio del tema, Del Val tiene el sello de auscultador sapiente.

Siempre está presente el lector: lo nombra, lo sacude, lo pone en el bolsillo con el manojito de fuentes rigurosas, prosa atractiva y opinión.

Sagaz en esa vuelta de tuerca que da sobre los hechos y las cosas revelando que la vida digna es de un fino análisis.

Qué bueno este libro que sintetiza un atado de textos que en un viaje arduo al pasado Del Val recogió. Si no, ¿qué serían de estas páginas escritas con elegante caligrafía, de honda sensibilidad, reflexión e historicidad sobre tres décadas del Chaco? Permanecerían dormidas en los temerarios libracos del Archivo Histórico.

Pero salieron a la luz. Festejemos, Víctor está de vuelta.

Marcelo Nieto, febrero de 2010

LA ÚLTIMA FOTO
DE SALVATORE



Salvatore Meccechi

Los más viejos deben recordarlo. Quizá hace poco más de un año, con sus setenta y pico a cuestas, se dedicaba aún a capturar sus ingenuas imágenes de muchachas domingueras o de engominados galanes con una mano enfundada en el bolsillo del pantalón y la otra alzada al pecho, blandiendo un cigarrillo. Habitante soleado de la tarde, trabajador del domingo, partícipe despreocupado del cenáculo mañanero de los jubilados, era un personaje destacado dentro de la inefable cofradía placera. Aquella vez, cuando se dio cuenta de que le habíamos sacado una “placa”, nos confió que era la primera “toma” que le hacían a él, profesional de la fotografía ambulante. Como al poco tiempo se fue a retratar estrellas, suponemos que, realmente, también fue la última... Y, la única que nos quedó de Salvatore Meccechi, el cazador de luces de nuestro paseo central.

Publicado en *El Territorio*, 15/3/76

Mariala Palacios

UNA CHAQUEÑA EN
EL BALLET DE PARÍS

En ciertas ocasiones, el lance periodístico, la búsqueda de la noticia que sirva para nutrir el siempre despierto interés de nuestros lectores, termina deparándonos satisfacciones que hacen que, lo que comenzó como un trabajo rutinario, se convierta en un verdadero placer. Tal aconteció no bien intercambiamos las primeras palabras con Mariala Palacios, profesora residente en París, que se encuentra desarrollando un curso de perfeccionamiento destinado especialmente para las alumnas del último curso de la Escuela de Danzas de la Provincia del Chaco, que este año egresarán con el título de profesoras nacionales de danza y maestras de expresión corporal.

Mariala Palacios es una persona vital, abierta, dicharachera, franca, que hace sentir cómodos a sus interlocutores. Además, debemos agradecerle la paciencia que tuvo para con nosotros al deletrearnos casi todos los difíciles apellidos que aparecen en esta nota. Mientras realizábamos algunas tomas fotográficas, apreciamos el celo, la total dedicación que pone de manifiesto en su tarea docente, repitiendo hasta el hartazgo ritmos y posiciones en busca de acercarlos a la perfección.

EL LARGO CAMINO

María Angélica Pellegrini de Requeijo, directora de la Escuela de Danzas, nos brindó la primera sorpresa:

—Mariala es chaqueña. Inició sus estudios artísticos en la escuela particular que yo regentaba (posterior núcleo

fundacional del hoy establecimiento oficial). Fue mi alumna entre los años 1963 y 1965.

—Así es, confirma Mariala. Aquí está la raíz de mi sangre (es hija adoptiva de la doctora Palacios Maglioli) y a ella vuelvo cada vez que mis obligaciones me lo permiten...

La vocación la lleva posteriormente a la Capital Federal, donde busca panoramas más amplios. Pasa a ser alumna de Ekaterina de Galanta, étoile del Teatro Colón, hasta 1967. En el 68 (en el Colón) recibe lecciones de Vasil Tupin, Gustavo Mogiajolti, Ricardo Novich, Tamara Grigorieva, Carlota Pereyra y Roda Etchetbaum. Deviene entonces (1969) su primer logro artístico: es invitada a participar en el “Festival Pax de Deux” que se realizó en el Teatro San Martín, de Buenos Aires. Junto con Ricardo Novich sabe del elogio crítico por su interpretación del “pax de deux” de “Cascanueces”.

EL GRAN SALTO

—¿Una aventura o una necesidad...? —le preguntamos.

—Una necesidad irrenunciable para todo artista que desee alcanzar los más altos escaños en esta especialidad... La Argentina, lamentablemente, cierra nuestro camino en ciertos niveles. Lo pensé y me decidí...

—Un transplante bastante difícil para una chaqueña... —opinamos.

—En realidad que sí... (busca los términos correctos en castellano, hasta que halla el más apropiado). “Apechugué”, ¡eso! ¡Y aquí estoy...!

El argentinismo le brota, rotundo, refirmado por sus manos,

que entrelaza sobre el pecho.

Y sigue con la lista de nuevos profesores: Solange Golovina y sus hermanos Sergio y Jean Golovine (los rusos hacen esa diferencia en la vocal final del apellido según el sexo), Nika Virovoda y Raymond Franchetti. En la Costa Azul, Marika Besavrasoba y Rosella Haltower. Regresa luego a Buenos Aires (años 72 y 73), donde termina, “subjetivamente”, su período de aprendizaje.

LA MANO DEL DESTINO

Mariala Palacios, invitada por Solange Golovina, regresa a Francia en 1975. Se estaba entretejiendo la trama de su particular destino. La bailarina que ya era verdad iba a dejar paso a la profesora de danzas, distinción muy difícil de alcanzar a la edad de nuestra entrevistada.

Al año siguiente forma parte de la academia de Ives Casatti que, al retirarse, la deja al frente del curso para profesionales.

—Un día se hizo presente, para presenciar unas de mis clases, la secretaria del Ballet de Félix Alaska, quien, finalmente, me hizo una oferta del calibre con el cual sueñan todos los profesionales de la danza. Pasé, entonces, a ser profesora de danzas clásicas de esta agrupación, que reúne a los principales bailarines de Europa. Coroné ese tramo de mi carrera en la ópera de Lyon, en el sur de Francia, donde tuve a mi cargo a importantísimas figuras...

—Entonces —le preguntamos—, ¿se siente definitivamente comprometida con el profesorado...?

—Es curioso mi caso... Nunca había pensado seriamente en ser profesora... ¡Siempre deseé bailar, convertirme en

una verdadera étoile...! ¡Pero ahora creo que la mano de Dios estuvo presente para revelar mi verdadera vocación...!

Actualmente, dicta clases en la academia de Raymond Franchetti, ex director de la Opera de París y se halla escribiendo la coreografía para una pieza, cuyo título prefiere no revelar, por tratarse de “una verdadera sorpresa”.

EN EL CHACO

—¿Se radicaría entre nosotros nuevamente...?

—Es un sueño... tan dorado como imposible... ¡Pero yo siempre regreso...! Y cada vez que lo haga quisiera volcar en esta Escuela mis conocimientos, mi experiencia... ¡Ayudar en tan importante obra a mis hermanos chaqueños...!

Las voces del Coro Polifónico, que interpretaban, en una grabación el “Apoteosis” del poema sinfónico “Hacia las raíces” (creación de “Chichita” Pellegrini que nuestros jóvenes danzarines presentarán próximamente en el Teatro Griego del Parque “2 de Febrero”), comienzan a escucharse en la sala vecina y Mariala es requerida para continuar con su trabajo. Ya en despedida, le preguntamos:

—¿Qué se necesita para alcanzar lo que usted ha logrado...?

—¡Condiciones naturales, fuego sagrado, un trabajo sin pausas y mucha, muchísima suerte...!

Publicado en *El Territorio*, 25/5/80

YO TE VÍ EN
HORA SUPREMA

Hace años, visitamos el cementerio de Colonia Benítez, lugar donde duermen en apacible paz campesina los dueños de apellidos (Dellamea, Frangioli, Silva Sánchez, Vázquez Cairé, Mitoire Burger, entre muchos otros) que comenzaron a tejer la historia del Chaco en las últimas décadas del siglo pasado. Recorriendo los viejos monumentos funerarios encontramos uno que concitó especialmente nuestra sensibilidad. Aunque la deteriorada lápida de mármol no se destaca de manera particular, la inscripción grabada sobre su superficie, fruto evidente de una mano poco hábil para tales menesteres, toca las fibras íntimas de quien se detenga a leerla. Con una redacción de puntuación y ortografía deficiente, revela la profundidad de un sentimiento que aflora descarnadamente con cada giro, marcando, a la vez, los caminos del dolor y una filosofía de vida propia de aquellos inmigrantes del 1800 que supieron construirse un futuro a fuerza de responsabilidad y trabajo. El epitafio dedicado a Felisa Mantovani, de 30 años de edad, nacida en Borgia (Italia) en 1867 y fallecida en enero de 1897, reza lo siguiente: “Yo te vi en hora suprema. Víctima adicta del trabajo. Mirarme a mí con mirada extrema. Adiós para siempre esposo infeliz. A vos el cuidado de nuestros hijos. A vos solo. Triste recuerdo del trabajo y del afecto. Por mí y por nuestros nacidos —dejo—, pobre muerta mía. Viviré llorando. Viviré por nuestros hijos. Trabajando”. Bien vale un minuto de meditación.

Publicado en *El Territorio*, 10/8/80

**EL MISTERIOSO
PARANACITO**

Si los esfuerzos que siguen realizando las autoridades municipales de Puerto Vilelas se consolidan y mantienen la aplicación y constancia requerida, es muy posible que El Paranacito termine convirtiéndose en el emplazamiento ideal para crear el anhelado balneario que centre las preferencias de la población del Gran Resistencia cuando la canícula veraniega apriete a mansalva. Aunque somos muchísimos los que hemos recorrido sufridamente los casi 14 kilómetros de camino polvoriento que lo alejan de Puerto Vilelas al sur, sea en vehículo propio o en colectivos (dos circuitos diarios), podríamos aseverar, sin temor a equivocarnos demasiado, que nos sobrarían dedos en la mano para registrar los bañistas, pescadores o acampantes ocasionales que sepan realmente qué es “El Paranacito”. ¿Una laguna? ¿Un riacho? ¿Un arroyo? Compulsas efectuadas por EL TERRITORIO indican que el 98% de los sudorosos capitalinos lo ignora. Yo inclusive. Cuando traté de documentarme vine a enterarme de que la cosa no era tan sencilla, pues hasta organismos que deberían tener todos los antecedentes no los poseen y recibí por respuesta los dimes y diretes que forman parte del folklore regional. No pude ubicar ningún plano detallado o más o menos exacto para ilustrar esta nota. Sin embargo, por saberlo ducho en la materia, principalmente porque recorrió el espejo acuático en canoa y lo siguió desde el aire, me haré eco de lo dicho por el doctor Rolando Moro, uno de los conductores del programa radial “Sapucaí”. El Paranacito –según sus palabras– es un riacho también conocido como “Paraná Mini”.

No recibe aguas directamente del Paraná, aunque podrían existir comunicaciones subterráneas que aumentan el caudal habitualmente exiguo de sus fuentes propias. La playa está ubicada aproximadamente en el centro de la cuenca, con tres o cuatro kilómetros en ambas direcciones y, hacia el sur, termina perdiéndose en una serie de esteros y lagunas a través de las cuales se vuelca finalmente en el Paraná. Aunque algunos señalan que se prolongaría hasta pasar los lindes con la provincia de Santa Fe, la existencia de diversos arroyos que lo cortan tornan poco factible la presunción. La salinidad y otras características de sus aguas son las comunes para los cursos de la región chaqueña y están condicionadas por las características del lecho. Quizás, más adelante, volveré sobre este tema con los datos que ahora me están faltando.

Publicado en *El Territorio*, 3/2/81

¿FUE, EN VERDAD,
EL PRIMERO?

Guillermo Pascual se llegó hasta nuestra redacción con su simpatía dicharachera y una duda. Afirmó que condujo hasta El Pintado, en el año 1930, el primer automóvil que transitó por ese alejado rincón de la geografía provincial. En su momento, dicho viaje constituyó toda una hazaña y don Guillermo muestra un orgullo pionero al respecto. Pero quiere estar seguro de la propiedad del hecho —por razones que solamente él conoce— y ha movido cielos y tierra para convalidarlo, sin suerte por ahora. Nos pide publicación, “para que se menten los probables competidores al título”. Según nos cuenta, la cosa vino así: Pascual, que es español y vasco, fue traído por su familia en 1914, y se radicaron como trabajadores rurales en el paraje El Tucán, en Selvas del Río de Oro, a 25 kilómetros de Las Palmas. En el año 1927, liberados económicamente, compraron un camión Chevrolet en la agencia Casa Varela, de Resistencia, y nuestro hombre se convierte en mecánico y chofer de esos a la antigua usanza, capaces de inventar un vehículo nuevo cada vez que que desarmaban uno averiado. Dueño de una profesión que todavía era novedad, decide largarse a recorrer mundo y recalca en Formosa, donde se vale de sus conocimientos para vivir. Allí es empleado por “don Alonso” (no recuerda su nombre), que tenía un comercio en Los Tunales, cerca de Nueva Pompeya, encomendándosele la tarea de conducir el bólido de marras hasta lo que hoy llamamos genéricamente “El Impenetrable”. Quien haya hecho el trayecto con caminos pavimentados y/o pasablemente mantenidos en la actualidad, bien sabe lo que ello significa.

El viaje en sí le llevó menos tiempo que decidirse a hacerlo, ya que contó “con la ayuda que Dios quiso brindarle”. Cuando llegó la hora, cargó en el tren el Chevrolet 28 (¿el “Campeón”?), flamante todavía, con su capota negra y los guardabarros colorados, y recaló finalmente en “Pozo del Tigre”. Desde esta estación prosiguió por tierra, transitando la picada “de los curas”, abierta por los carros que abastecían la reducción de Nueva Pompeya. Arribó a su destino —nos dice— “mitad en coche y mitad caminando”, ya que el estado del sendero lo obligaba a recorrer primeramente a pie lo que luego haría sobre el vehículo, única manera de no quedar empantado en peligrosos tembladerales. Además, para cruzar el río Guaycurú (en su viejo cauce) tuvo que construir una especie de almadía, pues la barcaza que cumplía el servicio para los pocos vecinos de la zona no poseía capacidad para cargar un vehículo tan pesado. Este trance se constituyó en el escollo más importante que debió afrontar en el traqueteante periplo. El Chevrolet circuló hasta 1970 —memora don Guillermo— siempre en manos de la familia Alonso. Esa es su historia. Tal vez nada. Otra de las pequeñas nada que hicieron la grandeza de los pueblos.

Publicado en *El Territorio*, 29/3/81

HISTORIA DE LA
DEVALUACIÓN

Antiguamente —y menos también—, el respaldo de una moneda estaba dado por su propio peso en oro, en plata o en lo que fuere, siempre sumando, a su valor simbólico, el real. Por tanto, se acuñaban unas monedas de padre y señor nuestro en cuanto a robustez y tamaño. Hasta que, según cuentan los historiadores, aproximadamente hacia el Siglo XIII, alguno de los Juanes, Eduardos o Alfonsos que tan entusiastamente se sucedían en los tronos de Francia, Inglaterra o España, motivado por la necesidad de conseguir divisas para inscribirse en uno de los obligatorios tours a Tierra Santa y no teniendo ya nada que empeñar y menos que vender, llegó a la conclusión de que su tesorero, sir Jeff Martel D'Ox, le estaba errando en la cosa administrativa. Desesperado (su última hija casadera ya había sido canjeada por los mangos de un heredero rico), acudió a los servicios de un afamado astrólogo quien, asesorado a su vez por prestamistas judíos y gitanos amigos, no tardó en hallar una propuesta capaz de solventar las urgencias del monarca. “Sire —le dijo en tono bajo y misterioso—, la mejor solución que se me ocurre es que inventes inmediatamente la devaluación...!”. Obviamente, tuvo que explicarle cómo hacerlo. Parecía tan fácil, que el soberano empezó a sentir, en un abrir y cerrar de ojos, que el peso que lo agobiaba ya era un fantasma del pasado. ¿En qué consistía aquella genial idea que permitiría multiplicar los panes aunque no los frutos? Sencillamente, en lo que ya sabemos hoy día con la experiencia que tenemos en la materia, pero que fingiremos ignorar para beneficio del relato.

Para poner en vigencia la “iniciativa”, se dictó un bando que fue voceado a tambor batiente hasta en los rincones más recónditos del reino, “invitando” a los leales súbditos a depositar en manos de los oficiales recaudadores toda la calderilla de que dispusieran, puesto que un concienzudo estudio de marketing indicaba la conveniencia de adecuar el anticuado signo monetario a las nuevas tendencias estilísticas imperantes en el mundo, con el fin de transformarlo en una moneda de ágil colocación. Una epidemia de sordera recorrió el mapa. Porque el hombre no ha cambiado tanto, créanme y el vulgo tenía sus convicciones. Eso de romper los “chanchitos” en pro de un supuesto modernismo dejaba los suficientes huecos como para oler trampas en lo que se les presentaba como previsora ley. Así y todo, el rey se salió con las suyas gracias al empleo de las innegables dotes diplomáticas que poseía. Puso en conocimiento de los aspirantes a evasores que arriesgaban cambiar sus “palos verdes” –doblones, luises o florines, a elección del lector– por palos a secas aplicados sobre sus espaldas por el verdugo de turno, indexados y sobrevaluados. No nos extrañemos, entonces, de que el proyecto confiscatorio terminara recibiendo tan masivo apoyo de los amenazados que los crisoles de las fraguas reales no tardaron en quedar llenos hasta los bordes. Tal logro nos facilita arribar, en concreto y sin dislates, a lo de “la devaluación” propiamente dicha. Se quitó parte –digamos un treinta por ciento para manejar cifras comunes en la actualidad– del contenido oro de los calderos (que se puso a resguardo en los cofres del palacio) y se “rellenó”

el resto agregando un metal más barato, también amarillo para no despertar inconvenientes suspicacias. Convertida la mezcla en reluciente moneda –la imagen del rey mostrando el perfil izquierdo en lugar del derecho tradicional– volvió a sus antiguos propietarios, pieza por pieza, descontados gastos de administración, pulido y fletes. Seguramente, nadie entendió por qué se había dado “el gran paso” publicitado y mucho menos hacia dónde. El “superávit” obtenido fue alegremente gastado por Juan, Alfonso o Eduardo, no estoy seguro, que regresaron de sus giras por el extranjero cargados de regalos para esposas y concubinas, las direcciones de unas moritas bellísimas y empobrecidos a extremo. Pero dueños de la firme decisión de seguir experimentando para corroborar a ultranza la eficacia del providencial invento del astrólogo de marras. Tan amplia difusión tuvo el engendro, que Juan II de Francia (1351) devaluó 17 veces en el primer año de su reinado y 60 veces más en la siguiente década. Esta es, en síntesis, la verdadera historia de esa creación diabólica que aún nos sigue atosigando. Perfeccionada, claro. Dejadas de lado la diplomacia y las complicaciones ejecutivas, la sola mención de la palabra basta para que se nos arrugue el alma.

Publicado en *El Territorio*, 10/6/81

AJEDREZ Y POLÍTICA
NO COMPATIBILIZAN

Comparar las dificultades que presenta una partida de ajedrez con las propias de su actividad militante, es una de las muletillas usadas frecuentemente por ciertos políticos de nombradía. No es, empero, demasiado acertado hacerlo. Si existe un terreno donde ajedrez y política podrían tener ligero parecido, deberíamos buscarlo en el campo de los jugadores aficionados, donde es frecuente que se diriman partidas con resultados tan imprecisos como los pronósticos que emiten nuestros prohombres públicos sobre las cuestiones puestas bajo su responsabilidad. El buen ajedrecista, desde el primer movimiento, fija una línea estratégica que seguirá a lo largo de la partida sin desviarse (salvo que la sapiencia del adversario lo obligue) hasta arribar a la culminación victoriosa. Usará de la táctica, esa serie de escaramuzas parciales, para allanar el camino, valido de elementos que interaccionan armónicamente y cuyos efectos son detalladamente comprobables. De modo tal que no podrá probar lo inexistente ni aún sirviéndose de la más endiablada dialéctica. El tablero constituye un concepto totalizador que no permite discriminar partes individuales. Majestades y plebeyos intercambian sus papeles en beneficio del objetivo general y son “sacrificados” cuando su permanencia en la puja compromete al común. ¿En qué podrían parecerse, entonces, los tortuosos vericuetos de la lid política? Basta leer los diarios para comprobar que la respuesta surge sola: **No se parecen en nada.**

Para muestra, un botón: preguntado sobre las razones que llevaron a la señora de Perón a constituir el **Comando**

Táctico con hombres que se consideraban “quemados” dentro del justicialismo, uno de sus caudillos manifestó: “Es una jugada de ajedrez de la señora, que quiere utilizar nuevamente las piezas desgastadas o radiadas de la lucha para que vuelvan a jaquear al rey enemigo...”. Ajedrecísticamente hablando, aseguramos a ese político que una acción de tal naturaleza **conducirá a una inevitable derrota**. En el ajedrez, los muertos quedan muertos por toda la eternidad y las piezas desgastadas sólo sirven para debilitar las posiciones sin remisión. Para atacar, deben utilizarse las fuertes, las mejor colocadas y fundamentadas. ¡Y los peones, los únicos trebejos capaces de producir revoluciones en el tablero cuando trascienden su modesta condición inicial y se transforman en letales damas...!

Publicado en *El Territorio*, 03/7/84

UNA EMISORA DE
ONDA UNIPERSONAL

Sabido es que la muchachada del Círculo de Ajedrez de Barranqueras está empeñada en llevar a buen puerto la quinta edición de su “Certamen de Verano”, competencia ya tradicional que tiene por escenario la plaza “Sarmiento”. El paseo congrega noche a noche a los más calificados exponentes del juego zonal y primerísimos tableros paraguayos, que dilucidan sus complicados compromisos en pleno contacto con la naturaleza y con la cálida cercanía del público que sigue las partidas en respetuoso silencio. Silencio que se prolonga hasta la “salida al aire” de una de las dos emisoras unipersonales con que cuenta Barranqueras, entre las vivencias aptas para la anécdota graciosa. En efecto, aproximadamente a las 20.30, llega al lugar un “loquito lindo” que tiene por metejón hacerle competencia descarnada a las tres radios que ahora poseemos en el Gran Resistencia. Tras anunciar a viva voz las siglas de su licencia, la programación que desarrollará, la temperatura, el estado del tiempo y otras cantinelas, se lanza de seguido a la lectura imaginaria de lo que debe ser el noticiero más variado, imprevisible y novedoso de la radiofonía nacional. La insólita retahíla se prolonga habitualmente por dos o tres horas y la permanencia “en el éter” del buen hombre (a quien, aparentemente, nunca se le agotan las pilas) siempre termina por colmar la paciencia de los ajedrecistas que formulan el correspondiente reclamo a los jueces del torneo. Nuestro colega y relator deportivo, el doctor Miguel Retamoso, presidente del club organizador, pretendió hacerlo callar o, por lo menos, encontrarle el control del tono

para bajarle el volumen, pero el intento generó una ríspida respuesta del transmisor humano. Olvidando sus presumibles debilidades mentales, recordó a Retamoso que estaba protegido por los fueros propios del cuarto poder y que haría las reclamaciones del caso ante las autoridades competentes. Ante tan rotunda advertencia, los ajedrecistas amainaron sus pretensiones y aceptaron sonrientes continuar las partidas que estaban disputando. La otra “radio unipersonal” barranquereña tiene su cobertura en la zona del Mercado Municipal, en horario matutino. Los “oyentes” consideran a su “locutor” bastante actualizado en la faz informativa, ya que parece nutrirse en la lectura de los periódicos locales, además de calificarlo como un buen ejecutante con la boca de ajustados chamamés y tangos y repitente exacto de los anuncios publicitarios que le confían los puesteros del mercado, llenando –nos dicen dichos comerciantes– “una función de ribetes comunitarios”. Tanta pulcritud profesional obliga a preguntarnos: Norniella, Ayala, Cocchia, Viñuela y muchos otros ¿se verán obligados a poner las barbas en remojo?

Publicado en *El Territorio*, 10/1/86

UN MOMENTO MÁGICO

Mi padre tenía trece años cuando el anterior paso del Cometa Halley, en 1910, conmocionó al mundo con presagios tan agoreros que muchos seres sencillos buscaron en el suicidio una puerta para escapar a los terribles interrogantes inscriptos en el cósmico flagelo. Fue uno entre diez hermanos vestidos de blanco que aguardaron, en una serranía cercana a Segovia (España), el crucial instante en que la aparición del astro sobre el horizonte marcaría el inicio del Juicio Final. Sumaba su voz infantil a la del candoroso coro que, dirigido por mis desconocidos abuelos, elevaba preces solicitando una misericordiosa muerte. Pero nada pasó y la decepción del alba lo devolvió a los claroscuros de la vida por muchos años, hasta sumar los 85. De la inefable experiencia le quedó el afán de estudiar el cielo —volvióse un descifrador de las cambiantes constelaciones que lo acompañaron en una larga derrota por los caminos del mundo y lo trajeron a la definitiva recalada chaqueña— y un deseo íntimo de esperarlo al Halley para emprender, a su conjuro, la búsqueda de los reinos allende el tiempo. No lo consiguió, empero, y decidió irse solo, tal vez presintiendo el fiasco que nos depararía el cometa, desprovisto de cola y prácticamente invisible sin el socorro de aparatos ópticos de regular poder. Lo cierto, es que al viejo lo recuerdo —recreado en una eterna semijuventud— con la frente orlada de estrellas y los ojos rebrillantes de luceros, mientras trataba de transmitirme los secretos inmemoriales del firmamento y los nombres homéricos de sus fuegos fatuos presididos por la Cruz del Sur: Sirio, Alderabán, Betelgeuse, Vega, Antares, Proción, antiguos como la creación misma.

Sé ahora que quería hartarse de luz, antes de que el smog y la niebla de la edad le robaran de a poco el joyel del firmamento, transformándose en un adoquinado de inasibles pedruscos grises. Porque, si algo le dolía —más que tanto dolor de anciano— era verse confinado a volar a ras de tierra, perdida la estela de las luminarias señeras. Por eso me gusta evocarlo en pose de pastor de estrellas, tal como lo vi en uno de los últimos momentos mágicos que compartí con él, no muy lejos ya de la postera despedida. Estábamos conversando ambos frente al domicilio familiar, gozando de la brisa callejera que atemperaba la noche canicular, cuando Su Majestad la Usina Eléctrica resolvió regalarnos con un apagón total, de esos que tiñe la ciudad de hollín y plumerea las galas celestes. Con la súbita caída en la oscuridad, el viejecito sufrió casi un encandilamiento que lo obligó a abrir, desmesurados, los ojos marchitos. Temblando igual que un niño asustado —como tantas veces busqué yo la protección de su mano fuerte— se tomó de mi diestra y exclamó con deje asombrado:
—Mirá, Víctor...! ¡Se está despejando el cielo y las estrellas vienen a saludarme de nuevo...!

Y, súbitamente rejuvenecido, lloró de felicidad...
Fueron diez, quince minutos de irrepentible comunión...
¡Que la maldición de la luz eléctrica rompió, condenándonos de nuevo a las tinieblas...!

Publicado en *El Territorio*, 15/6/86

EL ACCIDENTE Y
LAS COSAS FRÁGILES
QUE DESNUDÓ
EL PUENTE BELGRANO

El martes 22, a las 11, una grúa de Vialidad Nacional que cumplía tareas de inspección sobre el puente “General Belgrano” perdió estabilidad y volcó, provocando un estrangulamiento en las comunicaciones interprovinciales que se prolongó por casi 72 horas, hasta las 22 del jueves. Es posible que mil camiones hayan quedado demorados en una y otra orilla, generando problemas de desabastecimiento en la Mesopotamia, principalmente en el rubro naftas. El trance ha sido felizmente superado, pero nos dejó como moraleja la subyacente fragilidad que aqueja a la fundamental vía carretera y a distintos mecanismos ciudadanos que deben obrar cuando se presenta cualquier tipo de emergencia. La operación para sacar la grúa de su comprometida posición puede catalogarse como caótica e improvisada, hecha a los ponchazos y excesivamente morosa en arribar a resultados positivos. Podríamos hacer referencia a la decena de métodos que se esbozaron, probaron y fracasaron, hasta hallar la fórmula correcta dos días después. Pero, lo que nos interesa es resaltar —la evidencia lo demuestra— **que no existe ningún estudio que contemple la hipótesis de un accidente en el puente** y fije procedimientos aplicables para salvaguardar las vidas y bienes que diariamente juegan sus destinos en el cruce sobre el Paraná. Sucedió lo que sucedió y nadie sabía a quién llamar (un funcionario que sea responsable en un operativo de seguridad) y cuando a un anónimo “secretario” del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Corrientes se le ocurrió utilizar el teléfono para alertar a Dios y al Diablo, los convocados demoraron lo suficiente como para dejar márgenes a una factible tragedia.

Lo que siguió fue fruto de esa falta de planes orgánicos. Se intentaron soluciones absurdas, se escuchó a decenas de “entendidos en accidentes”, cuando hubiera bastado consultar a una o dos personas “verdaderamente entendidas” y se llegó al éxito por decantación de equivo-caciones. Se salvó una máquina valuada en un millón de dólares, pero es casi seguro que fueron muchos más los perdidos si se suman los perjuicios sufridos por el comercio, los camioneros y los particulares usuarios del puente. Problemas de esta naturaleza deben ser tenidos en cuenta siempre, ya que pueden repetirse en cualquier momento. Los únicos que demostraron una capacidad de repuesta meteórica —no incluimos en nuestra crítica a quienes pusieron directamente espaldas y brazos fuertes para liberar el tránsito— fueron los vendedores de chipá y tortas fritas, los jóvenes y jovencitas armados de carretillas que “fletaban” valijas y equipajes entre orilla y orilla, los motociclistas convertidos en “mini” taxi-metreros y otros practicantes de oficios de ocasión que surgieron como hongos en tales memorables jornadas.

Publicado en *El Territorio*, 26/7/86

EL BARCO DE LA SELVA

Selvas del Río de Oro sería como cualquiera de los tantos pueblitos chaqueños perdidos entre el verdor de sus montes si no fuera porque muestra al visitante un ingrediente ciertamente exótico: el casco semienterrado de una embarcación de hierro que asoma sus costillares de monstruo antediluviano frente mismo a la principal escuela del lugar. El paraje, dependiente de la Municipalidad de La Eduvigis, supo de épocas de bonanza en las primeras décadas del siglo, cuando el golpear de las hachas pregonaba al viento del norte el canto de esperanzas de los obrajes madereros. Muerta esta actividad tras el agotamiento de los centenarios bosques de quebrachos y algarrobos, talados con la impiedad propia de quienes nunca pensaron en el futuro, todo el valle que riega el Río de Oro dormita hoy una larga siesta económica, apenas inquietada por algunos sembradíos de algodón o explotaciones ganaderas. Aquellos años de esplendor tuvieron por testigo al barco, muda reliquia que navegó las aguas de los sueños y vino a naufragar en tierra firme, a varios kilómetros de la mansa corriente que lo acunó en añejas travesías. Nadie recuerda ya la historia de cómo llegó al apostadero definitivo para convertirse en el escenario mágico donde los niños juegan a los piratas. Preguntando por aquí y por allá, los abuelitos de “selvas” —que así la llaman simplíficadamente sus pobladores— contaron a este cronista diferentes versiones. Creen algunos que el barco —un gran lanchón de fondo plano— fue construido por un italiano que, enloquecido por la nostalgia, quería utilizarlo para volver al añorado terruño natal. Murió el gringo picado por una

víbora y la nave quedó abandonada pues sus hijos se habían aquerenciado en el Chaco con fervor de verdaderos argentinos. Aseguran otros que lo trajeron los dueños de un obraje para el transporte de las maderas hasta General Vedia o el río Paraguay. Y, en fin, están los que prefieren hacerse eco de una tragedia de amor. La de Yanina, hija de un colono búlgaro y la de Ángel, el españolito que fletaba mercaderías para los habitantes pioneros de este inhóspito paisaje. Enamorados de todo amor, vieron frustrarse su romance cuando las inundaciones de 1905 convirtieron al “Oro” en un torrente afanado en devorar lo poco construido por el hombre. Desesperada por el avance de las aguas que sepultaban inmisericordes la chacra familiar, Yanina decidió pedir ayuda a su enamorado y salió a buscarlo montada en el caballo que usaban en las tareas del campo. Hábil amazona y conocedora de los secretos del monte, sobreluó sus posibilidades y fue arrastrada por la correntada. Nunca regresó ni se encontró su cuerpo. Al enterarse de lo sucedido, Ángel, que arribó con su barquito un día después de la partida de Yanina, se lanzó al rescate remando el endeble chinchorro que seguía la estela del navío. Tampoco volvió. Por eso —dicen— se quedó la embarcación varada en “Selvas”, esperando que otra inundación le devuelva a su capitán.

Publicado en *El Territorio*, 20/1/87

LA REDUCCIÓN DE HUESOS;
UNA CEREMONIA MACABRA

A quien firma esto le tocó asistir, hace poco menos de un mes —ya asumido Deolindo Bittel en la Intendencia— a esa macabra ceremonia llamada “reducción de huesos”, que consiste en extraer los restos de los cadáveres depositados en los distintos tipos de tumbas que posee el cementerio local (y todos los cementerios) para colocarlos en una urna después de una treintena de años. Fui un poco por curiosidad periodística y otro poco para brindar apoyo logístico (primeros auxilios en caso de desmayos) a una amiga que temía no soportar en piel desagradable trámite a que obligan las reglamentaciones vigentes. Corresponde, entonces que, sensible-ría barata aparte, vierta una versión desapasionada de lo que vi y que sintetiza el título de más arriba. Macabro es la palabra exacta para calificar el contexto general del proceso, aunque su implementación material no deja de ser un hecho rutinario para los obreros municipales que lo ejecutan. Yendo al grano, aproximadamente a las 10, con el cementerio abierto y muchos dolientes brindando homenaje de recordación a sus seres queridos, acompañamos a tres fornidos “desenterradores” que, sin mayores preámbulos, abrieron el nicho donde dormía sus sueños la finadita (una bella dama, según la foto de la placa), bajaron el destartalado féretro, lo depositaron en el piso y la emprendieron a marronazos con la tapa y a escoplo y tenaza con los otrora herméticos sellos de chapa. Inexistente un recinto apropiado para las exhumaciones, allí mismo, en plena galería, ante quien quisiera presenciarlo, desnudaron la intimidad del cadáver, exponiéndolo impúdicamente a la luz del mundo.

A continuación, en medio de una densa neblina de células desecadas que se expandió leve a impulsos de la brisa, procedieron a escarbar en la especie de amorfo pasto grisáceo que llenaba el fondo del ataúd hasta lograr extraer el número de piezas óseas que consideraron compatibles con la estructura humana. Según nos pareció a la distancia que mantuvimos en señal de respeto, hicieron el trabajo “a mano limpia”, sin guantes ni protección alguna. Todo concluyó pocos minutos después, cuando sacramentales martillazos aseguraron la tapa de madera de la urnita definitiva.

Al retirarnos expresé mi preocupación respecto de la salud futura de los operarios así expuestos. Uno de ellos derivó el problema hacia las carencias económicas del Municipio, además de brindarnos una gráfica acotación al margen: “Este muerto no es nada, porque estaba bien sequito... ¡Imagínese usted lo que pasa cuando nos topamos con un cadáver medio verde todavía...!” Ciertamente, prefiero no imaginarlo.

Publicado en *El Territorio*, 17/1/88

ABSURDO: UN COLECTIVO
VACÍO REPLETO
DE PASAJEROS PARADOS

El título de esta nota tiene que ver con una historia que leímos hace mucho sobre Mata Hari, la heroína del espionaje francés, en tiempos de la Primera Guerra Mundial. En la misma se decía que, al revisar la policía el departamento de la inquietante dama, encontró entre sus pertenencias “profesionales” **una botella vacía llena de tinta invisible**, elemento imprescindible para quien se preciara de buen espía en aquella época plena de romanticismo. Pues bien, parafraseando lo anterior, hace pocos días nos tocó viajar en un colectivo “vacío” (es decir, con la mayoría de sus asientos libres) que estaba repleto de pasajeros parados. ¿Comunión de diletantes de la incomodidad o cofradía de masoquistas rumbo a sus sesiones de autoflagelación...? Nada de eso. Simplemente, personas recién bañadas y perfumadas que no querían ensuciar sus galas de salir con el polvo terruñal depositado en sus asientos. Porque el vehículo en cuestión estaba tan olímpicamente “entierrado” que utilizar sus butacas era correr el riesgo de condenar a la basura las mejores pilchas. La nota da para regodearse camino del absurdo (pensaba proponer a los empresarios que pinten sus unidades color tierra, los tapizados incluidos, para que parezcan limpios aunque se caigan de puro sucios), pero es obligación del periodista tomar las cosas en serio y tratar de aportar ideas que acerquen soluciones, o paliativos aunque sea. Que los hay. No desconocemos que las líneas que transitan calles de tierra sufren todo tipo de inconvenientes a causa del barro en días lluviosos o de la polvareda si arrecia la sequía y el calor del verano obliga a mantener abiertas las ventanillas

para capturar algún soplo de viento que salve de la asfixia a los viajeros. Pedir, entonces, el máximo de pulcritud constituye una utopía, especialmente si aceptamos que el riego municipal peca por escaso en la mayoría de los trayectos. Como hemos visto que muchas usuarias veteranas en estas lides portan en sus carteras y bolsos trapos o franelas destinados a repasar los tapizados antes de sentarse, cabe sugerir a los concesionarios que las imiten, obligando a su personal a “plumerear” el colectivo cada vez que llegan a una de las paradas terminales. Lo óptimo sería pedir calles pavimentadas o vehículos herméticos con aire acondicionado. Lo que sugerimos apunta a minimizar el mal, nada más.

Publicado en *El Territorio*, 5/2/88

**¡VIVA PEPE PRIMERO,
REY DEL CHACO!**

Lo que aquí narraremos aconteció en Resistencia durante una particular semana de marzo de 1935, cuando el reinado de Momo insuflaba aires de locas ni-miedades en los pulmones de la gran aldea empeñada en convertirse definitivamente en ciudad. Siendo más historieta que historia, nos servirá para reflotar un capítulo mínimo de los tantos que tuvo la épica contienda desatada por el director del diario “El Territorio”, el radical Ernesto Zamudio, contra el gobernador del Chaco, doctor José C. Castells (conservador), los integrantes socialistas de la comuna capitalina, el presidente de la Nación, Agustín P. Justo y todos cuantos no compartieran el ideario del derrocado Hipólito Irigoyen.

Hombre sin pelos en la lengua, Zamudio matizaba su actividad periodística con frecuentes pasos por los calabozos, exilios momentáneos en escondidas guaridas de extramuros, fugas de angustia a través de los zanjonés de desagüe, tiroteos y otras lindezas parecidas a las que se veía obligado cada vez que “la mazorca” —como llamaba a la gente que rodeaba al gobernador— invadía la imprenta del diario dispuesta a tomarse desquite violento tras el escozor producido por alguna zahiriente publicación.

A tanto llegaba el encono, que “El Territorio” nunca mencionaba a las autoridades por su nombre, limitándose a numerarlas según sus jerarquías burocráticas. Así, Castells era “Su Excelencia Primera”, el intendente la segunda, etc.

Puestas en tal terreno las cosas, obvio resulta decir que cualquier paso en falso dado por sus circunstanciales

opponentes políticos le servía al periodista para enarbolar su lanza en ristre y acometer con osadía tan desenfadada que, si pudiéramos trasladarla indemne hasta nuestra época, alcanzaría para desestabilizar, no sólo al Poder Ejecutivo chaqueño, sino a los de medio continente. Bastó, entonces, que al mandatario —“el recadero del presidente Justo”, según Zamudio— aceptara prestigiar los corsos resistencianos participando como “Príncipe Consorte” o acompañante de honor de una de las reinas allí elegidas, para que un verdadero diluvio se desatara sobre su testa simbólicamente coronada.

MARZO CALIENTE

De “calentito” podría calificarse el clima con que marzo sorprendió a Resistencia y a la región en 1935. En lo climático, el verano se refritaba con temperaturas superiores a los 40 grados concordantes con los ardores de la campaña electoral para renovar el Concejo Municipal, que llegaría a su consumación ante las urnas el 7 de abril. La confrontación tenía por condimentos anexos la finalización del mandato de Juan R. Lestani, la vuelta del radicalismo a la palestra cívica luego del apartamiento decidido tras la caída de Irigoyen en 1930 y la puja entre el municipio y la gobernación, que se empeñaba en interferir el libre ejercicio de los fueros ciudadanos. Sus posturas, de abierta injerencia en los ámbitos de la administración de entrecasa, le valieron al mandamás territorial la crítica unánime de los editoriales de la época.

El entuerto mayor se había originado cuando el doctor Castells negó a la comuna el concurso de la fuerza policial para efectivizar la clausura de las salas cinematográficas principales (SEP, “Plaza” y “Argentino”), cuyos propietarios se habían declarado en rebeldía contra el pago de un impuesto de diez centavos por entrada, establecido para socorrer a la Cooperadora Escolar, creada por el socialismo en 1934 con el objeto de cubrir las necesidades de los carenciados establecimientos educacionales de la ciudad. La Cooperadora, además de fundar la primera “colonia de vacaciones para niños débiles” de que se tenga memoria en estos lares (clausurada a la sazón por falta de fondos), regentaba seis comedores escolares y pensaba extender su acción a otros tantos gracias a los dineros que se recaudarían de tal manera. Debemos tener en cuenta aquí que el Chaco tenía el privilegio de ser el territorio nacional más desprotegido en ese rubro entre sus pares del país que, en su conjunto, recibían menos asistencia financiera que la más pobre de las provincias. Como consecuencia directa, las estadísticas oficiales indicaban que 20.000 infantes se veían imposibilitados de acceder a la instrucción por no disponerse de bancos para ellos. A la par, cerca de dos centenas de maestros egresados de la Escuela Normal clamaban por puestos para ejercer su magisterio, sin amilanarse ante la idea de que cobrarían sus sueldos muy de vez en vez y a las cansadas. A los titulares se les adeudaba tres meses.

Por otra parte –pese a que la situación general era floreciente, con la edificación, la industria, el cooperativismo

y el comercio en plena expansión—, las desigualdades sociales provocaban problemas sumamente acuciantes y la mortalidad infantil alcanzaba, en la misma orgullosa capital del Chaco, cifras de delirio.

En marzo de 1935 se anotaron 64 muertes de menores de dos años sobre 114 nacimientos, es decir el 56,1 por ciento. Una nota de “Estampas Chaqueñas” daba cuenta de la preocupación de las autoridades sanitarias y de la falta de información que aclarara causas y factores socioeconómicos que subyacían tras la trágica cifra.

Lo cierto es que el entredicho en cuestión obligó a la intervención del Ministerio del Interior de la Nación, que no tuvo mejor idea que delegar en el propio gobernador la apertura de una investigación “para llegar al fondo de los hechos”, un intento que pretendía, en la práctica, apagar el fuego con nafta. Finalmente, las cosas se arreglaron solas poco después, a raíz de que los propietarios de cinematógrafos reconsideraron sus posiciones y se avinieron a pagar la gabela que se les pretendía imponer, atendiendo a sus objetivos de neto corte solidario.

Paralelamente, Castells agregaba leña a la hoguera al derogar —por mandato de la Dirección de Telégrafos de la Nación— la concesión que el Concejo otorgó a la Cooperativa de Luz y Fuerza Eléctrica Limitada para que explotara parte del sistema telefónico resistenciano, hasta ese entonces en las exclusivas esferas de la Compañía de Electricidad del Este Argentino. Abortó así una iniciativa, por demás interesante, que buscaba “poner en manos de los usuarios la administración de un servicio público de tanta importancia”. Y por si fuera

poco, para justificar el erizamiento periodístico contra la figura del mandatario, se recordaba constantemente el desalojo de ciento cincuenta familias radicadas en el “Barrio de las Ranas” (ubicado en las costas del Paraná, al sudoeste de Barranqueras), ejecutado con la principal participación del Estudio Jurídico Castells. Por eso, no sorprende que el inefable Zamudio reconviniere sarcásticamente a su encumbrado antagonista por “sus excesos y abusos de poder”. “Sepa usted, Su Excelencia Primera” —escribía—, que sus atribuciones solamente comprenden pagarle el sueldo a la tropa, en tanto que la Municipalidad, que insiste en pisotear, detenta el único poder auténticamente reconocido en estas tierras olvidadas por Dios: el que emana de la voluntad democrática del pueblo”.

NOTICIAS SUELTAS

¿Qué otras cosas comentaban los periódicos de Resistencia durante aquella semana de carnaval de 1935?

Mientras que en lo internacional llegaba a sus últimos episodios la Guerra del Chaco Boreal y se avizoraban negros nubarrones en Europa como fruto del desconocimiento por parte de Alemania del Tratado de Versalles, recorriendo las páginas de “El Territorio”, “Estampas Chaqueñas” y “La Voz del Chaco” (manteniéndonos aferrados a los temas que pueden tener relación con este trabajo), nos enteramos de que las secuelas de la sequía comenzaban a preocupar seriamente al agro porque hacían peligrar los rindes de una cosecha algodonera de

pronósticos excepcionales. La falta de lluvias convertía las calles de la ciudad en un volátil colchón de polvo que no aplacaba el precario riego nocturno y provocaba “incontables padecimientos al vecindario ante el paso de cualquier carruaje o cabalgadura”.

El centro, que se terminaba de pavimentar —“con pavimento del bueno”, tanto que todavía lo utilizamos nosotros— escapaba al flagelo gracias a los esfuerzos de la empresa Di Tomatis y la decisión del vecindario que obló los dos millones de pesos demandados por la obra mediante “acuerdos directos de los frentistas con el ente constructor”. Por razones que no aclaran los diarios, el macadamizado dejó de lado la primera cuadra de Avenida Alberdi, reclamando los ediles que se acelerara la conclusión del trabajo, ya que el lugar se había convertido “en punto de citas de todos los batracios del mundo, sapos, ranas y caracoles” (sic), de acuerdo con la clasificación zoológica de un innominado redactor.

Dos hechos negativos se destacaban en los titulares: la fracasada licitación para la erección de un “palacio municipal” y el incumplimiento de la promesa federal de enviar fondos para el tendido de las cloacas, formulado por la Nación en 1934. En lo que hace a la construcción de la sede propia, los ediles consideraron que los 300 mil pesos que costaría el edificio recargarían intolerablemente la deuda de 190 mil pesos que arrastraba la comuna de anteriores ejercicios y vulnerarían, necesariamente, el tope de 600 mil pesos presupuestado para las erogaciones totales del año.

Puestos en un tono menor, leeríamos que los “usuarios”

no opusieron reparos a la resolución que aumentaba los permisos para el funcionamiento de casas de tolerancia, elevados de 150 a 200 pesos; que se terminaba de oficializar el Colegio Nacional, nombrándosele rector provisorio al profesor Lino Torres, director de la Escuela Normal; que la Farmacia “Solitro” procedía a inaugurar un imponente local en la esquina de 9 de Julio y Rawson, adornada su fachada “por un reloj que marcaba las horas correctamente”, o que la Empresa de Navegación Fluvial “Mihanovich” iniciaba “cruceos directos a Buenos Aires desde Barranqueras, evitando incómodos trasbordos en Corrientes” (un viaje de ida y vuelta en el vapor a paletas “Berna” costaba 108 pesos en primera, y zarpaba los martes a las 19). Además, que se estaba remodelando la plaza 25 de Mayo, lo que motivó el traslado de la tradicional “vuelta del perro” vespertina a la confluencia de las calles Edison y Tucumán, cerradas al tránsito los días jueves, sábados y domingos, de 20 a 21,30. La modernización del máximo paseo público no conformó las expectativas despertadas y “La Voz del Chaco”, bajo una foto de Casa Boschetti que registraba “un aspecto de la diagonal que termina en la calle Güemes, pavimentada pero despojada de sus añejas arboledas”, no vacilaba en aseverar: “La plaza ganó en comodidad menos de lo que perdió en belleza”.

En el ámbito de lo policial, no se lograba confirmar la realización de un duelo caballeresco que habrían protagonizado “dos conocidos miembros de la sociedad” con el padrinazgo del profesor de esgrima Trevisi,

elogiándose, en cambio, la fulminante redada que permitió desbaratar una peligrosa banda de delincuentes “que asolaba el comercio céntrico desde unos meses atrás”. En efecto, los uniformados comandados por el comisario Ginés Lubary asaltaron un aguantadero detectado en el Barrio Arazá, logrando detener al jefe del grupo, Pascual Cabeza, y a cinco de sus cómplices, dos de los cuales fallecieron a consecuencias de las heridas recibidas en el recio tiroteo. Como contrapartida, en Margarita Belén se denunciaba la situación de un preso que yacía en un calabozo “con la cabeza agusanada y múltiples lesiones provocadas por ocho revolvazos” (culatazos) que le aplicó un agente a la salida de un baile.

“PRÍNCIPES CONSORTES” Y BARDOS

Ubicados ya dentro del escenario que hemos delineado someramente, aboquémonos a la trama que nos convoca, rica en reinas, príncipes consortes, pajes y poetas que cantaban la belleza de las frágiles damiselas coronadas en cuanto baile o reunión social se concretaba en los muchos lugares de esparcimiento con que contaba Resistencia por aquel entonces.

Como ejemplo —y porque nos interesa especialmente el acontecimiento—, citaremos la asunción al trono de Lilia Alcira Correa, soberana de las kermesses de los clubes del Progreso y Chaco For Ever que recibió, el 19 de enero de 1935, las insignias de su amable reinado. En la ocasión, tuvo como “príncipe consorte” nada más y nada menos que al juez letrado del Chaco,

doctor Julio H. Solano y, por “augur”, al exquisito poeta Gaspar L. Benavento, quien le dedicó un poema inspiradísimo. En sus primeras estrofas, decía: “Que Lilia Alcira Correa /por sendas de rosa viene /sueño de siesta en los ojos /manchón de luna en las sienas: /sonrisa que no es sonrisa /brilla un puñal entre dientes /hombros livianos de flores /manos pesadas de nieve... //Por sendas de flores vino, /lige de cascabeles; /figura que cruza un sueño /para en el sueño perderse; /y la que cortaba linos /está cortando claveles /y la que claveles corta /cetro de reina mantiene. /Reina de un cuento que dura /el tiempo que abuelita quiere...”.

La fiesta, que nucleó a la crema de la ciudad y a visitantes venidos desde Corrientes, constituyó un éxito acrecentado por la presencia de la exquisita “Rimba” Lestani, elegida reina de Resistencia en un concurso organizado por el diario “El Día”, pero el papel jugado por el magistrado provocó el desagrado del gobernador Castells y generó una recriminación al doctor Solano por haberse prestado a la farsa principesca, “inapropiada para un funcionario de su categoría”, de acuerdo con los trascendidos circulantes en el mentidero público. Como veremos más adelante, Zamudio se guardó el dato para utilizarlo en mejor oportunidad.

CORSOS Y BAILES A GRANEL

Los carnavales de 1935 gozaron de excelente salud, pese a que “Estampas Chaqueñas” aseveraba que “el festejo estaba condenado irremisiblemente al ocaso”.

Sus prolegómenos abarcaron buena parte de febrero, danzándose con entusiasmo encomiable en las pistas de Regatas, Club del Progreso, Club Social, Tenis Club, Cine Teatro Argentino y otras de menor nombradía distribuídas por las distintas barriadas, siendo tal el número de festivales programados que las entidades tuvieron que llegar a un acuerdo para repartirse las fechas disponibles. Entre los espectáculos diagramados, se destacó un “tour” imaginario que tenía por vehículo a un paquebote bautizado con el nombre de “Scaramang”. Al tocar cada “puerto” (pista) previsto para su recorrido se bailaban sones típicos del país elegido como huésped, o sea Brasil, Cuba, México, Estados Unidos, etc. En la última escala del “viaje” la embarcación ancló en el escenario del Argentino para dar colorido a la coronación de las reinas de la travesía.

Tres cursos dividieron las preferencias del público: el “oficial”, que abarcaba las calles Juan B. Justo, Alberdi, doblando por Rawson hasta la esquina de Irigoyen, poseía palcos en el centro de la calzada cuyo alquiler costaba 15 pesos; el de calles Necochea y Santiago del Estero, de características casi familiares y el de Edison y Colón, aparentemente el de mayor suceso si nos atenemos a los espacios que le dedicaron los periódicos, tal vez porque sus logros económicos serían destinados, precisamente, a engrosar las arcas de la Cooperativa Escolar presidida por Sixto Laconich. Las crónicas registran que estaba iluminado por 16 reflectores compuestos por 64 lámparas de 500 y 800 bujías, las que recibieron “unos toques de pintura de color por afuera para producir efectos lumínicos”. En una de las jornadas desfilaron

por este recorrido más de sesenta vehículos ornamentados, los cuales exhibían leyendas apoyando la obra de la Cooperadora, que recaudó, a los postres, la suma de 289 pesos. En el rubro gastos se anotaron 34,05 pesos erogados por el pago de propaganda y ampliación de la iluminación.

Resultaron elegidas reinas las siguientes jovencitas: Nydia Tomassini (Edison), Amalia Berenguer (Necochea) y Alba Ferrero (oficial), que ganaron el consenso de los jurados actuantes.

¡A LA CARGA...!

Arribamos así al primer round del combate Zamudio-Castells, que tiene como fecha de inicio el 14 de marzo de 1935. Las finitas previas se ampararon bajo el su calibre: “En el curso vecinal de la calle Necochea quemaron anoche un Judas..., ocasión que aprovecharon los miembros de la comisión organizadora para hacerle un mal chiste a Su Excelencia Primera...”. Narra de seguido que los vecinos obtuvieron la comparencia del gobernador “luego de buscarlo por toda la ciudad” y que, al encontrarse el invitado frente al monigote que imitaba su figura (comprado a una fábrica de fuegos artificiales correntinas que lo cargó “con fuegos que arderían varias horas”), colgado por el cuello a unos cinco metros de altura y largando llamas como un demonio, “Su Excelencia Primera comprendió que se hallaba solo entre la multitud y sin un amigo que lo secundara en una situación de tanto apuro”. Zamudio, que volcaba sus ásperos comentarios en la columna rotulada “Pinceladas”,

añade que Castells, desconcertado, “buscó un autonomista y no lo halló; un socialista independiente, tampoco; un conocido cualquiera... y nada”, ante lo cual, “por si acaso y negándose a trabajar de público, Su Excelencia Primera resolvió que lo mejor era marcharse a las calladas”. En el mismo espacio, diferenciando su acometida con el subtítulo de “La Empalizada”, el director de “El Territorio” empezó a construir un paquete que siguió armando en sucesivas ediciones: “Aparentemente, Su Excelencia Primera se tragó la humorada de la gente de la calle Necochea y encontró allí mismo la forma de sacarle tajadas al asunto. Con sin igual oportunismo se hizo nombrar “príncipe consorte” de la reina que se coronó en ese modestísimo curso. Por las empalizadas, pues, Su Excelencia ha conseguido ascender a tan alto rango...”.

PLATO A PUNTO

El 16 de marzo, Zamudio, desempolvando los sucesos que archivaba en su memoria aseguraba: “Su Excelencia desfilará como príncipe consorte el domingo, olvidado ya del jeringazo que le mandó aplicar al doctor Solano diciéndole que la investidura de los magistrados no permitía tales simbolismos. Ahora descubrimos que todo se debió a la envidia. Su Excelencia también quería ser príncipe consorte y se nos coló por los palos...”.

TODOS UN PRÍNCIPE

17 de marzo: “Mañana se enterrarán las fiestas de Momo.

Su Excelencia Primera ha participado activamente en ellas, con el interés sui generis de destacarse personalmente. El vulgo y la sociedad lo han hecho con relativo entusiasmo y asistirá de igual manera el domingo al desfile de las reinas, una de las cuales lo llevará como príncipe consorte. Su entrada al corso se producirá a las 24 horas”. La página estaba ilustrada con una foto del gobernador y este epígrafe: “Helo aquí, sonriendo ante la bella perspectiva. Aparece hecho todo un príncipe, frente a quien se inclinarán las damas y el pueblo se alegrará”.

En otro lugar del periódico, Zamudio comentaba que el doctor Castells portaba durante los desfiles un gran paquete con bombones que distribuía, no entre los niños, sino a “señoritas en edad de merecer, muy bien seleccionadas por Su Excelencia Primera”. Remarcaba que una damita “bien dotada” le había confiado en secreto: “Voy a aprovisionarme de bombones a costillas del gobernador, porque con algunas guiñaditas me quedo con la mitad del paquete...”.

¡VIVA SU MAJESTAD, PEPE PRIMERO!

El último round de la jocosa contienda tuvo lugar el 18 de marzo de 1935. “Anoche –escribía el director de “El Territorio”–, desde uno de los palcos que dan frente al Bar “Armonía”, al pasar el automóvil que conducía al gobernador del Chaco en su brillante papel de príncipe consorte de una de las reinas del corso vecinal, alguien del público gritó por dos veces: ¡Viva Su Majestad, el Rey del Chaco, Don Pepe Primero! Castells,

ni corto ni perezoso, se bajó del vehículo y recriminó al gracioso por su inconducta”. Tal actitud le valió esta dura reprimenda editorial del periodista: “Al aceptar la designación como príncipe consorte en una de las fiestas dedicadas a la ridiculez, S.E. N° 1 no puede exigir del pueblo que lo considere como un verdadero gobernador. Esa designación —continuaba— es el epílogo con que el pueblo acostumbra a dar fin a las farsas que organiza en conmemoración de Momo, Rey de la Ridiculez. Y es un papel que nunca debe aceptar un gobernador, como que no se recordará un caso semejante en toda la historia de los carnavales, no sólo en nuestro medio, sino retrocediendo dos siglos hasta la época Medieval Francesa, en tiempos en que esta fiesta conservaba su frescura original. En ella no intervenían los señores feudales, puesto que estaban reservadas para la servidumbre que, en ese día determinado del año, quedaban en absoluta libertad para decir y hacer lo que quisiesen. Era entonces cuando tales servidumbres se reunían en las plazas y hacían objeto de todos sus sarcasmos al más ridículo de la multitud, consagrándolo príncipe de la algazara...”. Zamudio terminaba su nota afirmando que no debía sentirse ofendido el doctor Castells, porque el grito estentóreo de ¡Viva Su Majestad, el Rey del Chaco, Don Pepe Primero! no había hecho más que sancionar su propio desacierto, siendo a la postre, “una cosa que él mismo se buscó”. Aleccionador final para un hecho mínimo, pero notablemente jugoso, de nuestra historia ciudadana.

Sin fecha

CARLOS MENEM:
¿ES UN "SAPIPI"?

Para los que vivimos por estas benditas tierras de honduras guaraníicas o tan cercanos al Taragüi que se nos encarnan sus modismos, “sapipi” es aquella persona que padece el tipo de tic nervioso que la obliga a parpadear constantemente, sobre todo si se pone nerviosa o la aqueja una duda cruel difícil de resolver. ¡Más de un “sapipeador” consuetudinario terminó con un ojo hinchado cuando un irascible Otelo creyó mancillado su honor por un inoportuno “sapipeo” dirigido hacia la dama de pertenencia ajena...! Pero, ¿qué tendrá que ver esto con Carlos Saúl Menem?, se estará preguntando nuestro amable lector. Pues, poco y nada... ¡o quizás mucho...!, si tomamos en cuenta que la mayoría de los autóctonos aspirantes a gobernador del Chaco modelo 1991 afirman “tener el guiño presidencial” para cimentar a cal y canto sus pretensiones electorales, podemos llegar a la conclusión de que el caudillo riojano padece “flojera del párpado” o “sapipismo crónico”, ya que “una guiñada verdadera” no es aval menor para andar derrochándolo con tanta prodigalidad, máxime que se trata de un gesto proclive a ser erróneamente interpretado con notable facilidad. Pero el asunto se complica si se piensa que la guiñada puede ser “entera”, media guiñada, un cuarto de guiñada y fracciones menores, según lo exprese uno u otro candidato. Refiriéndose por propia boca a los réditos obtenibles por el portador de la cucarda, el “parpadazo” equivale a un sello de aptitud aplicado en plena frente. En cambio, si el receptor fuera un eventual rival, la escala de valores decaerá abruptamente hacia el mínimo potencial de un

saludo amistoso. Por eso, repasando las declaraciones que hemos recogido en los últimos días, estaríamos en condiciones de elaborar un ranking de los “guiñateados” por el presidente, aunque tengamos que inventar esa palabreja para dar entidad al balance descriptivo.

Es de aclarar que lo que anotaremos en adelante, no tiene connotación peyorativa (menos aún evaluativa) y se trata solamente de un juego o divertimento sin intención ofensiva o ridiculizante.

Producida la asunción de Menem al poder, el “guiñatazo” pareció apuntarle a Atilio Velázquez, dirigente de la primera hora dentro del menemismo local. Después, gracias a su actuación en el Senado de la Nación, la mirada —o la “antimirada”— se habría posado en las espaldas de Carlos Tenev y, al circular por allí cerca, estaría recibiendo destellos Argentina Berti, elevada meritoriamente a la Secretaría de la Mujer (ambos se conservan en los lindes presidenciales con el título de asesores pertenecientes al círculo íntimo). Ahora, entrados ya en el cuello de botella del proceso preelectoral, el “sapipeo” ganó destinatarios a ritmo acelerado. Carlos Tenev confía que el “ojeo” (o el “antiojeo”) sigue teniendo validez en su caso, mientras que Argentina Berti, aunque se mantiene callada, no vacila en insinuar ante los amigos que entrará en la parpadeante carrera. Para el empresario Luis Príncipe, Tenev tendría el “guiño” del senador Eduardo Menem y apenas “una miradita” de Carlos Saúl. Elio Roca comenta que todo el resto está equivocado y que, en la caída de párpados que le regaló el riojano, creyó leer todo un mensaje de amor.

En fin, podríamos extender el comentario para abarcar varios postulantes más. Pero no es necesario y la muestra alcanza. Particularmente, pensamos que, cuando Menem decida señalar a alguien con el dedo, lo hará con los dos ojos bien abiertos...!

Publicado en “*El Diario*”, 22/12/90

FALTA LA VOZ DE
ADOLFO R. BÉCKER

El 9 de abril de 1987, justamente en momentos en que el Papa Juan Pablo II arribaba al palco levantado en la avenida 3 de Abril de Corrientes para bendecir al pueblo de esta parte del país, la presión sanguínea le jugó una mala pasada a Adolfo René Bécker y un derrame cerebral lo abatió sobre la mesa de trabajo que compartía con sus compañeros de Radio Nacional Resistencia, periodistas del diario Norte y de El Territorio y numerosos fotógrafos y colegas de otros medios. El temporal de lluvia y viento arreciaba inclemente, multiplicando el castigo sobre la multitud de fieles congregados para escuchar el mensaje de paz del Pontífice de los cristianos y la tarea de los órganos de prensa se complicaba, obligando a un ajetreo desacostumbrado. Todo era nerviosismo y corridas. Bécker había sido designado por la dirección de la emisora, con acuerdo del resto del personal, para cubrir una nota que constituía un galardón profesional para los elegidos, dado que las habilitaciones concedidas por los organizadores del acto eran pocas y debían ser reservadas solamente para los mejores. Y como él sabía hacerlo a conciencia, lindante con lo exagerado, Bécker preparó una abundosa carpeta con antecedentes relacionados con el altísimo dignatario que nos visitaba: su trayectoria, el significado de su prédica ecuménica y todo cuanto detalle facilitara el armado de la transmisión radial, incluidas glosas “de color” y detalles intimistas para vestir las largas horas y espacios “vacíos” que genera una emisión de esa naturaleza, siempre sujeta a “baches” e imprevistos de último momento. En eso se le fueron las que serían sus últimas horas de

actividad plena y, por ello quizás, descuidó atender el régimen estricto que seguía y la secuencia de las medicinas que obligadamente tomaba para controlar los picos hipertensivos que lo aquejaban. Lamentablemente, el fruto de tanto esfuerzo se dilapidó en un caer de páginas sueltas que volaron con el viento o se hundieron en los charcos de agua como incompletos barcos de papel. José Vázquez Gualtieri, que compartía la transmisión, debió tomar la posta dejada por el accidentado “a pura improvisación”.

“ZAPATO DE TONY”

En un intento de tratar de recuperar algo de la personalidad “viva” de Adolfo René Bécker, el espíritu multifacético y juguetón que lo animaba, “exagerado y hasta trágicamente cumplidor de sus compromisos”, como lo revelan las circunstancias que rodearon su súbito deterioro físico, recurriremos a la memoria de algunas de las personas que fueron sus allegados por razones profesionales y compartieron parte de los instantes volátiles e irrepetibles que el oficio de locutor y animador radiofónico, artista radioteatral, conductor de espectáculos públicos o periodísticos, brinda a sus animadores. Alfredo Humberto Norniella nos explicó por qué sus amigos lo llamaban. “zapato de tony”, o “Zapato” Bécker para simplificar. El pseudónimo equivalía a “superabundante,” que era la manera con que nuestro hombre encaraba cualquier tarea puesta a su cargo. Tras remarcar que Adolfo René fue “su maestro”, puso de relieve que poseía

extraordinaria capacidad para redactar anuncios publicitarios, al punto que muchos comercios resistencianos lucen los nombres que les impuso a través del aire. Lo mismo sucedía en el campo de la creación y armado de imaginativos guiones para radio y televisión. En síntesis Norniella lo calificó como “uno de los profesionales del micrófono más completo de la región y un verdadero lujo para Radio Chaco y Radio Nacional que lo contó en sus planteles hasta el final.

UN FURCIO HISTÓRICO

José Cocchia, dueño de miles de anécdotas hiladas con René como “partenaire”, trajo a colación una que le es particularmente querida: se encontraban relatando las alternativas del acto celebratorio del 25 de Mayo que se realizaba en los salones del Club Social de Resistencia, vestidos de frac, como exigía el protocolo de la “velada de gala “tradicional”. Adolfo René procedía a mencionar el orden en que arribaban las distintas autoridades invitadas: “El gobernador, general Serrano y señora... el ministro fulano y señora... el intendente de Resistencia y señora... ¡el Obispo, monseñor Marozzi y señora...!

NUNCA DEJABA DE ASOMBRARNOS

Cristina Echeverría:

“Un hombre excepcional, del cual todos aprendimos. Tenía tanta capacidad que nunca dejábamos de admirarnos

ante sus oportunas salidas. Sabía cómo dialogar, cómo entenderse con la gente y cómo improvisar, que es lo que más les cuesta a los locutores. Nos deja asombrados porque, dentro de la seriedad con que encaraba su oficio, tenía a flor de boca la broma o el gesto que disipaba las tensiones. El recuerdo que nos deja es imborrable”.

Publicado en “*El Diario*”, 6/1/91

COMO TURCOS EN
LA NEBLINA

La sesión extraordinaria convocada por la Legislatura del Chaco para autorizar al Poder Ejecutivo la obtención de un crédito de 15 millones de dólares, que serán destinados a normalizar el pago de sueldos de la administración pública (activos y pasivos), resultó más extraordinaria que lo normal por tres razones. La primera, que comenzó exactamente a las 11, con 20 legisladores presentes en el recinto desde algunos minutos antes. La segunda, que siendo un asunto “cocinado de antemano” se llegó a la votación afirmativa luego de un debate bastante ríspido. Y, la tercera, que buena parte de los diputados reconocieron de viva voz que el proyecto elevado por el Poder Ejecutivo contenía “baches informativos que impedían saber acabadamente qué era lo que se estaba aprobando”, ni qué consecuencias futuras podría acarrear a las finanzas provinciales. Se referían, obviamente, a la carencia de precisiones sobre la forma en que se concertaría la operación con una innominada casa bancaria bonaerense, la tasa que se abonaría, el modo en que se pagarían las cuotas, las eventuales prórrogas del plazo de 180 días previsto inicialmente, la presencia de un enunciado que contemplaba el pago de comisiones a no determinados “intermediarios” o “comisionistas”, etc. El doctor Rodolfo Sabadini Cáceres, presidente del bloque justicialista “oficialista” y virtual “dueño de la pelota” en el manejo de los entendimientos interpartidarios que allanaron el camino a la solicitud gubernativa, se vio obligado a repetir que se trataba de “un documento marco requerido por la ley para facilitar el desvío de fondos de la Coparticipación

Federal hacia los objetivos propuestos”; que el préstamo se obtendría de acuerdo con lo que establecen “las modalidades corrientes del mercado” y que el área de Economía “extremaría los recursos para obtener las mejores condiciones posibles”, según lo que el gobernador Baroni y el ministro Gigli prometieron a los legisladores que los consultaron al respecto. No obstante ello, la “muchachada” representativa de la voluntad popular se lanzó valientemente a desmenuzar el tema, encontrándole “astillas” por tantos lados que, en un momento, pareció que el entendimiento se esfumaba como una frágil pompa de jabón. “Esto no está claro para votar tranquilo”, aseveraba León Radzanowicz, que quería “ganar profundidad para saber qué es lo que estamos votando ahora”, mientras que Del Balzo, también radical se jugaba (a pesar de compartir las mismas dudas existenciales) a favor de “la palabra de hombre empeñada por el gobernador” respecto de la limpidez de la operatoria a suscribir. Por su parte, Jorge Agudo (Acción Chaqueña), aceptando que la emergencia social “obligaba a la toma de posiciones que podrían haber disgustado a muchos en una época más propicia”, hacía conocer su anhelo de que se pagara el préstamo dentro de los 180 días de adquirido y que el cumplimiento del plazo fuera seguido por una comisión legislativa que compruebe cercanamente la corrección de cada medida a tomarse. Y acotó algo muy interesante, al traer a luz los gordos millones de australes que se pagan a ECOM cada vez que debía confeccionarse una planilla de “pago parcial a los agentes de la administración pública.

“La falta de dinero le cuesta mucha plata al gobierno”, señaló acertadamente, sugiriendo que parte de la normalización de los sueldos podría pagarse con esos “ahorros”. Por último, fue Sabadini Cáceres quien retornó las aguas a su cauce, al afirmar: “Yo no quiero ni voy a acompañar el rechazo de este proyecto de ley ni asumir bajo mi responsabilidad (“todos asumirán las responsabilidades”, pareció recordar a sus colegas) que le estamos negando al Poder Ejecutivo la posibilidad de que se dé solución al problema salarial del sector público. ¡Voy a votar afirmativamente!”. Siendo ese el quid de la cuestión, como unos caballeros, todos guardaron sus dudas para mejor ocasión y repitieron el gesto del hombre de Presidencia de la Plaza. Más solitarias que el arpa quedaron vibrando en el recinto vacío dos admoniciones de Rafael Rubén Sotelo. “Estamos empeñando a la provincia” y “quiere traspasarse este compromiso al próximo gobierno”. El tiempo dirá si tuvo razón.

Publicado en “*El Diario*”, 11/1/91

La corrupción

**¡CHOCOLATE POR
LA NOTICIA...!**

En ocasión de la visita “ad-limina” que los obispos de todo el mundo realizan obligatoriamente al Papa cada cinco años, Juan Pablo II señaló a los prela- dos argentinos que “las dificultades políticas, sociales y económicas que padece el país provienen de una crisis moral entroncada en sus instituciones”. La reflexión del Pontífice romano transitó motivaciones holladas ha- bitualmente por nuestro Episcopado, acostumbrado a decir que, en la raíz de dichos males está “la decadencia moral, sinónimo de la disolución de las costumbres”. Andanadas de parecido tenor, aunque procedentes de ámbitos de menor peso específico, restallaron machaco- namente a posteriori de las “insinuaciones” formuladas por el embajador Terence Todman sobre la existencia de “corruptelas” en el seno de los centros de decisión del gobierno encabezado por Carlos Saúl Menem y dieron carta de identidad a un problema tan denegado por las autoridades como considerado rutinario y “falto de no- vedad” por el ciudadano de base. Los cambios introdu- cidos en el gabinete y determinadas medidas adoptadas de apuro luego, indican que la andanada afectó blan- cos vitales, magnificando la urgencia de esbozar pálidas medidas correctivas. Si bien nadie afloró del terremoto con sus investiduras manchadas, el reflejo de la esca- ramuza se transmitió inmediatamente a las encuestas efectuadas por distintos medios especializados, cuyos resultados indican que las “sospechas” populares van en aumento y virtualmente nadie se salva de ellas a nivel de la burocracia estatal. Además, la situación co- rrería riesgos de irse incentivando en la misma medida

en que la justicia demorara en revelar quiénes son los probos y quiénes los delincuentes en los casos denunciados. Los analistas llegan a aseverar que se estaría asistiendo a un masivo descrédito del enunciado de “**presunción de inocencia**” (uno de los preceptos básicos dentro de nuestras normativas jurídicas), puesto que, para los argentinos comunes, los funcionarios de cualquier género inculpados en la comisión de algún “desliz” administrativo merecen ser catalogados como “**culpables hasta que se demuestre lo contrario**”.

A ese extremo hemos llegado por consentimiento o por omisión generalizada, arrastrados por un proceso donde difícilmente pueda encontrarse a alguien autorizado para tirar la primera piedra. Porque, desde que tenemos memoria, se repiten las mismas “malversaciones morales” y corruptelas acompañantes impulsadas desde los poderes centrales –democráticos o “de facto”– con absoluta inoperancia de los mecanismos institucionales para controlar los desmadres producidos en contra de elementales normas de convivencia comunitaria. Por ejemplo, ¿en qué momento de nuestra historia los gobernantes elegidos por el pueblo (no hablemos de los militares, por razones obvias) respetaron el mandato que les fue otorgado por las urnas, sin distorsionarlo a capricho o en beneficio de sus personeros? ¿En qué período, de Perón a esta parte, el Congreso salió verdaderamente al cruce de decisiones equivocadas del presidente de la República? ¿Cuándo un mandatario puso a consideración de las Cámaras los lineamientos de sus políticas económicas o las consultó, antes de devaluar la moneda,

fijar las tarifas de luz o cambiar los términos de contratos públicos y reglamentaciones bancarias para echar mano al dinero de los ahorristas y jubilados? ¿Cuándo, diputados y/o senadores, se “la jugaron” realmente para demostrar que son los defensores de las necesidades de quienes los eligieron inocentemente?

¿Quién no fue cómplice o partícipe de alguna “pequeña malandrada” burocrática a favor o con intervención de un pariente o de un amigo “acomodado”? ¿Quién se arriesgó a formular las denuncias correspondientes cuando sabía que “algo se cocinaba mal” en su oficina o en la repartición que lo cobijaba laboralmente? Las preguntas por el estilo pueden extenderse hasta el infinito y estuvieron siempre presentes en el devenir argentino. **Las respuestas son las que nunca llegaron en tiempo y forma.** De tal manera, no puede ni debe extrañarnos que un funcionario extranjero nos haya brindado esta definición, respondiendo a un cuestionamiento formulado hace poco por nuestro gobierno: **“Puede comprenderse la presencia de personas corruptas dentro de un sistema cualquiera. Lo que no puede aceptarse es la conformación de un sistema esencialmente corrupto”.**

Publicado en “*El Diario*”, 23/1/91

Dónde iremos a parar...

SE CIERRA EL BAR
"LA ESTRELLA"

Los tiempos perversos que corren no perdonan nada. A la menor flaqueza del bolsillo se arruga el corazón y la historia se convierte en anécdotas que dispersa el viento. Hace pocos días nos dijeron que se cerraba “La Estrella”, el café-bar antológico que centró la bohemia resistenciana en la esquina de Irigoyen y Pellegrini por más de medio siglo. Conversamos con su actual propietario, Hugo Cartolano, y la confirmación terminante nos apaga las esperanzas. El último día de este mes se bajan las persianas y las nueve familias que dependen del funcionamiento del antiguo reducto deberán buscar horizontes en otros emprendimientos. Dificultades surgidas a raíz de un aumento de alquiler inalcanzable para el giro empresario, muy disminuído de un tiempo a esta parte, obligan a tomar la medida.

Se habla de la existencia de una empresa interesada en abrir un local afín, de renovadas características en el mismo predio. Pero será algo distinto, aunque se siga utilizando la misma denominación. Y “La Estrella” que conocimos y que aprendimos a querer como un refugio acogedor para gastar nuestras horas perdidas, habrá pasado a ser un retazo nostálgico en el rincón de los buenos recuerdos.

UN POCO DE HISTORIA

Para bucear en los inicios del bar “La Estrella”, dialogamos con don Juan Honnorat, dueño y hacedor del local que ocupó a lo largo de 54 años. Don Juan, de 93 años de edad, nos dice que hacia 1912 funcionaba allí la

bicicletería de Aldo Agazzani, con quien trabajó durante unos seis años. En 1918 fue llamado al servicio militar y, cuando regresó, Agazzani le regaló cinco o seis bicicletas “para que siguiera solo”, ya que él se trasladaría al solar donde hoy funciona la Optica Gamundi, frente a la plaza 25 de Mayo. Honnorat, ni corto ni perezoso, aprovechó bien las dos piecitas que le dejó su ex-patrón y no tardó en contar con un floreciente tallercito, cuyos ingresos incrementaba alquilando bicis “por hora” a los muchachos y muchachitas de su tiempo que paseaban por los alrededores de la plaza o –nos comenta risueño– “se iban más lejos y, para no pagarme, me dejaban las bicicletas por cualquier lado y yo tenía que volverme loco para encontrarlas luego. A medida que iba progresando económicamente se sucedieron las ampliaciones del local original con la adquisición de los terrenos linderos y la edificación de nuevos espacios cubiertos. Así, don Juan llega a desempeñarse como concesionario de “Chevrolet”, tarea que abandonó entre 1939 y 1940 –no lo recuerda bien– “porque no se vendían autos ni repuestos a consecuencias del inicio de la Segunda Guerra Mundial”.

MÁS CONFITERÍA QUE BAR

Entonces, a comienzos de la década de los 40, Honnorat le alquila la esquina de Pellegini e Yrigoyen a una persona de apellido Petcoff, que tenía una venta de “panes de leche y otras masitas” en Barranqueras (había venido al Chaco desde Mar del Plata), actividad que comenzó a

desarrollar en el local, al que bautizó “La Estrella”. Aparentemente, Petcoff llegó a hacer fortuna con sus especialidades confiteras y, poseedor de plata fresca y abundante, no taredó en ser introducido en los “ambientes bien” del momento. Se hizo habitué de un “garito” cercano y no tardó en sufrir una rápida declinación financiera a impulsos de su pasión por los naipes y los dados.

CAFÉ Y BAR

Es entonces cuando aparecen en escena los hermanos Hideo y Yoshio Terada, quienes adquieren el negocio en 1949 y le dan esa fisonomía tan particular que mantuvo hasta comienzos de 1980. Los Terada habían tenido anteriormente el bar “San Martín” en Corrientes (donde ahora está el edificio de Lotería) y regentaron el bar “Los Bancos”, en Resistencia, desde 1936 a 1942. Gracias al empuje dado por los conocidos hijos del Sol Naciente y sus familiares, “La Estrella” amplía su ámbito de trabajo comercial y agrega la cafetería, los bebestibles, sus pizzas y pastafrolas inigualables y una serie de lindezas que la convierten en la favorita de intelectuales, periodistas, gente del arte, políticos y noctámbulos en general que la tienen como punto de reunión para discutir cualquier alternativa que tuviera que ver con el quehacer de la capital chaqueña. A la cordialidad del trato de los dueños se sumaba la proverbial corrección de los mozos, entre los que recordamos a Adolfo Takushi, Julio Kodama, Itonaga, Martín Oshida y su hijo Minoru,

Inohue Morisono y Tanaka, japoneses que hicieron suya la aventura de poblar la provincia en aquellos años duros y sufridos. En 1980, la firma Terada vendió el negocio a Pacalo Dib; éste lo transfirió a Troxler y éste a Hugo Cartolano, que lo dirigió durante los tres años últimos. Si no median circunstancias extraordinarias, podemos considerar concluido tan nostálgico episodio de la vida ciudadana. Seguramente, no faltará el estudioso que rescate del polvo alguno de los miles de episodios que tuvieron por escenario las vetustas paredes. El hacerlo constituirá todo un desafío para quien se anime a encararlo.

Publicado en “*El Diario*”, 24/1/91

Los Velázquez

UN ÚLTIMO SAPUCAI

Nuestro colaborador de la página “Asayé Chamamecera” (Siesta Chamamecera), el conocido músico y folclorista “Coqui” Ojeda, ya animaba bailantas en el interior chaqueño en aquellos tiempos en que los hermanos Claudio e Isidro Velázquez sentaron su fama de tauras montaraces. Como pasó de visita por la redacción, justo en momentos en que intentábamos escribir unas palabras recordando el triste fin de los míticos personajes, aprovechamos para requerirle alguna anotación relacionada con ellos. Trajo a colación, inmediatamente, el **sapucaí postrero** que se adjudica a Isidro poco antes de caer abatido por las balas disparadas por uno de los agentes de la partida que le montó la mortal celada en el “Puente de la Traición”, como hoy se conoce al lugar que sirvió de escenario a la tragedia.

Nos dijo “Coqui”, que el sapucaí –grito viril que caracteriza al hachero correntino y abarca otras manifestaciones propias del folklore del Taragüi–, además de exteriorizar una sonora expresión de triunfo cuando el hombre abate un árbol u obtiene la victoria sobre un enemigo cualquiera, extiende sus simbolismos a distintas situaciones anímicas, que van desde el desafío a la tristeza o la restallante alegría, pasando –cosa que no se conoce tan bien– a constituirse en un lenguaje para comunicarse a largas distancias, con códigos de modulación, tiempos, fraseos y estridencias particulares que emisor y receptor han convenido previamente.

En el silencio del monte, el sapucaí se hace escuchar muchos kilómetros a la redonda y con tal propósito “mensajero” suele utilizárselo en algunos puntos de la

mesopotamia y en nuestro propio territorio provincial. De tal modo —especula “Coqui” Ojeda apartándose de la “historia oficial”—, sería igualmente factible aventurar que el alarido con que Isidro Velázquez “se despidió de la vlda”, supuestamente lanzado en son de burla contra los uniformados a quienes estaba a punto de burlar otra vez, **bien pudo haber constituido el primer desafío del maleante a la muerte**, que se aprestó a enfrentar de la misma forma en que condujo los pasos terminales de su existencia. Concretamente, a los tiros, como varón que se preciaba de su condición y no aceptaba mentas de nadie que se le cruzara en el camino.

Nuestro amable interlocutor, rescata de su anecdotario el grado de respeto y adhesión hacia los malhechores que guardaba la gente de modesta condición, a la cual difícilmente podía sacársele datos que ayudaran en el trabajo de los pesquisas puestos tras las huellas de la fraternal pareja y sus secuaces más o menos ocasionales, como el jovencito Vega (que cae juntamente con Claudio, en un tiroteo producido en Costa del Guaycurú en mayo de 1963) y Gauna que acompañaría a Isidro en el adiós definitivo, poco tiempo después. Ese respeto se hacía silencio temeroso en quienes podían verse afectados directamente por las tropelías de los Velásquez (puesteros, almaceneros, hacendados) en una escalada que alcanzaba el verdadero terror en los propietarios de mayor riqueza económica. A su modo, se repetía el proceso que tuvo por protagonistas a Mate Cosido, Zamacola, el “Tata” Miño, el Gaucho Blanco, el “Calabrés” y tantos otros personajes de igual o menor cuantía (o menor

resonancia periodística) que ayudaron a escribir la leyenda dura y bravía del Chaco.

Como acotación al margen, se afirma que la persecución de los Velázquez hizo desistir de su “carrera policial” a más de un agente de la ley “novato” en esas lides, porque las constantes “rastrilladas” que la repartición organizaba monte adentro se desarrollaban en medio de notables privaciones que se sumaban al constante peligro de recibir un disparo certero en cualquier momento. Misiones de veinte o treinta días vadeando aguazales, cruzando montes de espinas, durmiendo al descampado bajo la lluvia o el sol, no era cosa que aguantarían todos y fueron muchos los que resolvieron “tirar la toalla” y conservar el pellejo sin riesgos en otras actividades más benignas. Parecidos conceptos escuchamos en boca de Jose Luis “Negro” Meana y Enrique Moro, periodistas que, juntamente con el desaparecido Juan Carlos García y el fotógrafo Antonio Romero, eran los cronistas destacados por “El Territorio” para conseguir (sin éxito) un reportaje en vivo y en directo con los hermanos prófugos.

Meana memora que aproximadamente dos mil efectivos policiales bien pertrechados intervinieron en algunos cercos tendidos para capturar a las escurridizas presas, encontrándose siempre con la novedad de que “los pájaros habían volado sin dejar rastros”. Cuando se producía un eventual contacto, solían registrarse dolorosos resultados para los servidores públicos, cuyas filas contabilizaron bajas mortales antes de lograr coronar exitosamente su empeño.

La habilidad para manejar armas largas y cortas que mostraban los Velázquez era realmente prodigiosa, al haberse especializado en “tirar retrocediendo”, es decir, apretando el gatillo al mismo tiempo que caminaban hacia atrás, manteniendo, sin desmedro, una letal puntería. Al correr del tiempo, la leyenda de los Velázquez ha ido agregando condimentos que la entroncan con los mitos populares. Prueba de ello son las ofrendas florares y tributos que siguen siendo depositadas sobre sus tumbas, en el convencimiento de que los caídos de manera trágica tienen el poder de “hacer favores” a quienes sufren algún pesar en este mundo.

El último sapucaí sigue resonando en el “Puente de la Traición” de Pampa Bandera y los chamamés le hacen eco. Tal vez, la verdad sobre los Velázquez todavía espera la pluma de un poeta que la interprete correctamente.

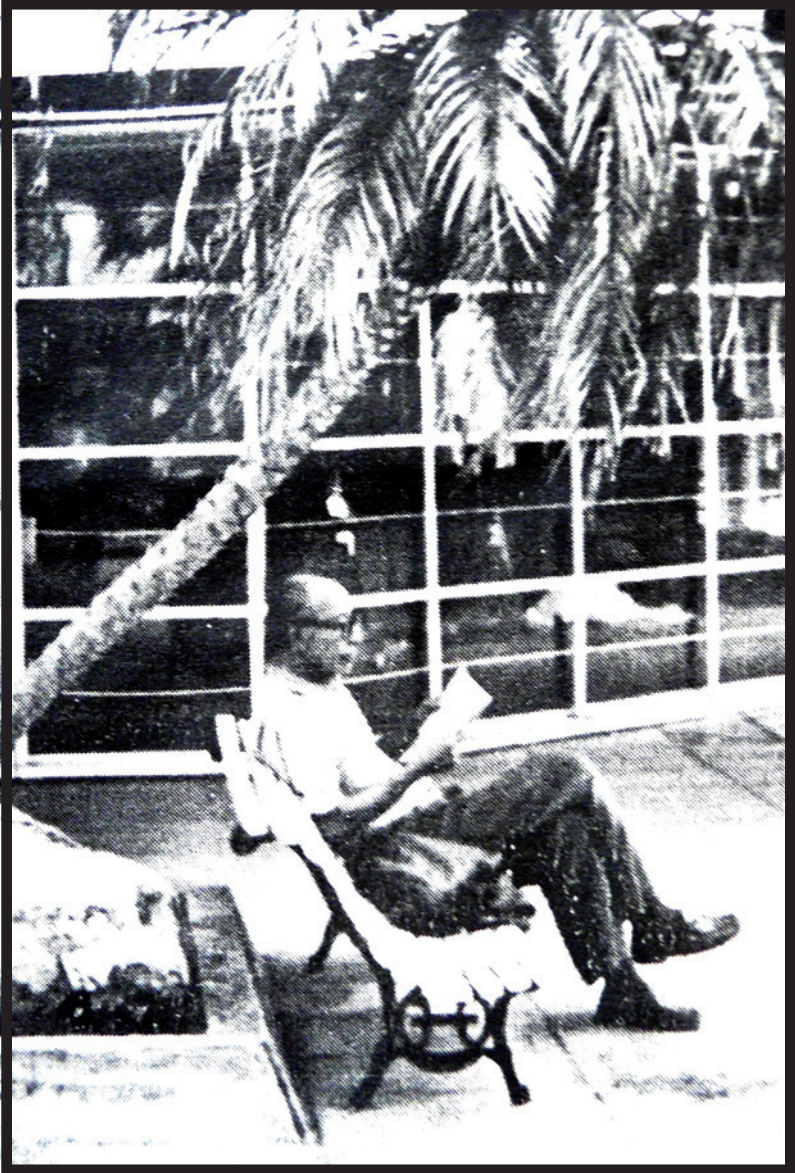
Publicado en “*El Diario*”, 23/6/91

LA CIUDAD EN ROSA

Aunque sea natural y previsible, la floración de los lapachos no deja de sorprendernos en su anual recurrencia. Vengan o no anunciando la folklórica llegada del dorado, lo cierto es que tiñen de rosa el cielo emplomado del invierno chaqueño. O de lo que tendría que ser el invierno, amigo de mostrarnos temperaturas de 30 grados a la sombra. Es bueno, entonces, que saludemos el adelantado renacer de nuestros hermanos árboles, porque tienen guardado en su corazón el secreto íntimo de la primavera, ese embrujo frágil y presto a claudicar en el espíritu de los humanos. Principalmente, en el de los barrenderos municipales y en el de las amas de casa que deben limpiar las veredas de tantas corolas desmayadas por los besos del sol y las caricias del viento. Sin lugar a dudas, ellos y ellas quisieran que las flores muertas volaran al paraíso, como los pájaros, que rara vez dejan rastros tras olvidar sus carnales vestiduras. Pero la naturaleza es así y lo que ayer fue aroma y fuego se transforma en simple materia deleznable. Mas no importa. Los lapachos florecidos serán siempre un contento para la vista y una de las galas que la ufana Resistencia puede mostrar al mundo sin temer a nada. Quizás algún día los recibamos con un festival de versos y canciones, como hacen los japoneses con sus “saturas” (cerezos). Por si acaso, lanzamos la idea.

Publicado en “*El Diario*”, 2/9/91

ENTRE PALMERAS
Y BANCOS



Poen Alarcón

Mientras que, en Buenos Aires, se estaba inaugurando el monumental edificio que albergará la Biblioteca Nacional, el actor Poen Alarcón se solazaba leyendo una publicación de texto ignoto bajo la sombra de las dos palmeritas que alegran la esquina de Güemes y Don Bosco. Cómodamente aposentado en el banco de remembranzas placeras, se halla prácticamente desconectado del mundo, al punto de no enterarse siquiera de la presencia de este fotógrafo. Pero no es Poen, con sus casi cincuenta años de teatro auestas, el protagonista del presente comentario, sino las palmeras y los bancos (porque son dos), tan lindamente ubicados en esa encrucijada céntrica, que incitan al caminante a tomarse un descanso reparador antes de proseguir con las urgencias a que obliga ganarse el puchero diario. Y queremos dedicarle un espacio de nuestra hoja a ambos elementos, porque vienen a demostrar, una vez más, que con un poco de esfuerzo y algo de imaginación, Resistencia podría exhibir una presencia substancialmente distinta de la que hoy nos ofrece. Sería cuestión —nada más que eso— de que cada frentista dedicara algunos minutos a emprolijar el sector de vereda que le corresponde a su propiedad, para dotarlo de un pequeño jardín, de un banco o de un árbol amigo de la sombra y el frescor en los meses caniculares. Seguramente, en escaso tiempo nos asombraríamos del cambio generado y Resistencia, verdaderamente, comenzaría a ser la Gran Capital que soñamos.

Publicado en “*El Diario*”, 10/9/91

MOVIDA HISTORIA DE
LOS MONUMENTOS
PERONISTAS DE
LA DÉCADA DEL 50

Recientemente, la crónica periodística reveló que se halla próximo a su conclusión el mausoleo que se está construyendo en predios del Museo Histórico “Quinta 17 de Octubre”, en San Vicente, provincia de Buenos Aires, donde se depositarán los restos del general Perón y los de su esposa, si se consigue la aceptación de sus familiares. La inauguración, prevista para el Día de la Lealtad, vendría a dar culminación a una serie de intentos que reflejaron, a su modo, los conflictuados rumbos del quehacer político nacional en los años 50 del siglo pasado. La historia tendría su inicio el 11 de julio de 1952, cuando, quince días antes de su fallecimiento, la Cámara de Diputados de la Nación aprobó la construcción “en vida” de un monumento a Eva Perón. La ley respectiva (Nº 14.124/52) fijaba que se erigiría en la Plaza de Mayo de la Capital Federal y que se realizarían réplicas en el interior del país. Tal ubicación obedecía a expresos deseos de la propia Evita, según surge de las actas de las sesiones parlamentarias. Como las dimensiones colosales previstas para la obra complicaban su emplazamiento, Héctor Cámpora propuso “demoler los linderos edificios de la Intendencia Municipal y del diario La Prensa; Román A. Subiza, más moderado, sugirió “correr la Pirámide de Mayo”, mientras que otros creyeron que lo ideal sería instalarlo en el cruce de Avenida de Mayo y 9 de Julio. A esto se opusieron Juana Larrauri y Raúl Apold, recordándoles a todos que “la señora quiere que sea en la Plaza de Mayo”. Después del 26 de julio, muerta Evita, pasaron a cobrar protagonismo los deseos de Perón y las actas de

las sesiones registrarían diferentes clases de discusiones, centradas en decidir si el monumento debía ser coronado con la estatua de Evita o con la de su encumbrado esposo. Perón hizo llegar su rechazo a lo primero, advirtiendo que “la figura de la homenajeadada no se va a reconocer, pues en tamaño tan grande resultaría ridícula”, opinión que hizo variar fundamentalmente la verba y la ejecutoria de los representantes del pueblo, quienes pasaron, rápidamente, de la pleitesía a la fallecida a la búsqueda de posicionamientos que los dejaran bien parados ante los ojos presidenciales.

ENROQUE DE MONUMENTOS

Entre marchas y contramarchas acordes con la importancia del tema, algún memorioso recordó que, un año atrás, el Congreso había decidido erigirle una estatua a Perón (Ley 14.036/51). El esfuerzo investigativo puso al descubierto, también, que había otros dos monumentos “olvidados” por el cuerpo deliberante que, al ser producto de sendas leyes, no podían ser obviados sin incurrir en la sentencia condenatoria de la historia. Uno era el dedicado a Hipólito Yrigoyen (Ley 12.839/46) a levantarse en Avenida de Mayo y 9 de Julio, mientras que el restante inmortalizaría al “Descamisado” (Ley 12.876/46), precisamente en la mismísima Plaza de Mayo. Obviamente, como el orden de prioridades había girado 180 grados, se resolvió que el “Descamisado” desplazaría de su futuro domicilio a don Hipólito, que debería esperar hasta que se encontrara una nueva ubicación para su estatua

“cuando y donde se juzgara conveniente” (Ley 13.588/49). Se afirma que, desde la bancada opositora, Ricardo Balbín ironizó: “Yrigoyen no tuvo urgencias históricas en vida; sabe esperar”.

El ajedrecístico “enroque” había dejado libre la Plaza para Evita, pero, como nada es definitivo en nuestra divagante Argentina, al mes de su fallecimiento, el 5 de septiembre, una nueva ley (la 10.142/52) desactivó lo actuado y dejó la obra sin destino cierto. Circuló entonces la versión de que la Plaza de Mayo se reservaría para la estatua de Perón y que la rotonda de Avenida de Mayo y 9 de Julio sería para Evita, y que allí se levantaría un mausoleo para sus restos, coronado por el Monumento al “Descamisado”.

FINALMENTE

Como toda novela debe tener su digno corolario, se eligió finalmente un terreno de Palermo, sito entre avenida Alvear (hoy Libertador), Tagle, Figueroa Alcorta y Austria, que en un tiempo cobijó la cancha de River Plate. Frente al mismo se halla el edificio de Canal 7. Allí se podría levantar sin inconvenientes el colosal proyecto imaginado por el escultor italiano Leone Tommasi, quien, maqueta, dibujos en mano y mucha parla mediante, obtuvo la instantánea concesión de los trabajos, sin necesitar concurso previo. El boceto, que convenció a Perón de hallarse ante el artista providencial requerido, centraba en una estatua del Descamisado (con la cara del líder) y contenía elementos simbólicos acordes

con las corrientes artístico-partidarias del momento. El “Descamisado” en cuestión mediría 60 metros de alto, parado sobre un pedestal de 77 metros y estaría rodeado por otras 16 figuras de cinco metros cada una, todo lo cual costaría aproximadamente unos 100 millones de dólares actuales, Comparándolo con relevantes joyas de la arquitectura universal, sería más alto que la Basílica de San Pedro, una vez y media la Estatua de la Libertad y tres veces la talla del Cristo Redentor, con un volumen equivalente al de la Pirámide de Keops. O sea que, pasados apenas a tres años de la muerte de Eva Perón, éste ya no era “su monumento” sino el de su marido, aunque se mantuviera vigente la intención de sepultarla en el mausoleo que se abriría a los pies del gigante. La asonada militar “Libertadora” de 1955 concluyó abruptamente lo proyectado y, en los dolorosos años subsiguientes, quienes gobernaron el país se dedicaron derrumbar cuanta cosa oliera a peronismo, especialmente las imágenes del caudillo y de su esposa. Como “las ideas no se matan”, la iniciativa fue reflatada por José López Rega en 1974, cuando ejercía la presidencia del país Isabel Martínez de Perón. El “brujo”, entre otras misteriosas funciones asesor en ciencias ocultas de la mandataria, propuso la erección en el mismo sitio de un “Altar de la Patria”, que serviría, decía, “para reconciliar las almas enemigas”. Volvieron a cavarse los cimientos que habían cegado los militares y comenzaron a levantarse algunos basamentos, hasta que, en 1976, los iluminados de las Fuerzas Armadas resolvieron repetir sus andanzas con los tremendos resultados conocidos.

En esta oportunidad, en vez de dinamitar lo construido, se aprovechó uno de los encofrados para emplazar una efigie del prócer uruguayo José Gervasio Artigas, en señal de homenaje al país que tantas veces acogió a exiliados argentinos.

SALVADAS POR UN PELO

De toda aquella estatuaria “peronista” se salvaron por un pelo algunos trabajos del italiano Leone Tommasi, dos de los cuales, fechados en 1952, fueron donados por el Ejército a la Provincia del Chaco hacia 1962: el “General José de San Martín, emplazado en el acceso al Aeropuerto Internacional y “La Constitución” (de acuerdo con lo afirmado por Guido Miranda), o “La Patria”, o “La República” o, pueblerinamente, “La Patona”, según a quien se le pregunte, que, con gesto adusto y admonitorio, nos sorprende desde su casa de la rotonda de Villa Monona, por pocos metros adentrada en jurisdicción del municipio de Barranqueras. Ambas obras, que no integraban el proyecto que comentamos precedentemente, estuvieron emplazadas en el frontispicio del edificio que daba cobijo a la Fundación Eva Perón en la Capital Federal (actualmente ocupado por la Facultad de Ingeniería). Se afirma que habrían escapado de la guillotina dinamitera porque “no tenían la cara de ninguno de los próceres depuestos”. Emparentadas ya con el “Descamisado” y sus correlativas variantes, manos amigas rescataron del fondo del Riachuelo los componentes de un grupo escultórico que puede verse

en el Museo Histórico Quinta “17 de Octubre”, que funciona en la Quinta “San Vicente”, propiedad que Perón le compró al coronel Domingo Mercante antes de asumir su primer período presidencial y utilizó como casa de descanso juntamente con Evita. Las esculturas, decapitadas, muy parecidas a las que conocemos localmente, representan a la “Justicia Social” (Eva) sosteniendo con ambas manos el escudo partidario, mientras “Los Derechos del Trabajador” (Perón) posa un brazo protector sobre los hombros de un obrero, que es el único que conserva su cabeza. El museo, sito en el partido bonaerense de San Vicente, a unos 25 kilómetros del centro capitalino, se encuentra abierto al público y puede visitarse diariamente.

Publicado en “*El Diario de la Región*”, 30/7/04

PARA UN CABALLO QUE
GALOPA EN MIS SUEÑOS

Esta pequeña historia es la de la yegua Ramona. Cruzó mis veinte abriles una fría mañana de agosto de 1955 y todavía, tantas décadas después, se empeña en retornar por las noches cuando los sueños tejen sus redes fantásticas. Un sargento me la adjudicó para las maniobras finales, me parece que con mala fe y de ex profeso. Permítanme presentarme: soldado conscripto oficinista clase 1934 García Víctor. Burócrata por formación y medio civilacho por convicción. Atado a una vieja Underwood que tecleo a destajo, sin sueldo ni sindicato, como espero no volver a intentarlo –gratis al menos– mientras dure mi existencia. Acostado y levantado con las estrellas. A los pitazos. Sirviéndole de despertador a los gallos. Esquelético, narigón y dueño de unas proporciones físicas que dieron al traste con los cálculos de los sastres militares para la confección estandarizada de los uniformes. Ello me valió el sobrenombre de “Chupete”, por las alforzas que invariablemente adornaban mi cintura porque las chaquetas siempre me caían chicas de espalda y grandes de cintura. Y los pantalones, ni qué decir. En fin, un aspecto tan antimarcial que hacía exclamar a mis superiores cuando me veían por primera vez: “¡Pobrecito...! ¡Quien te habrá metido en esto...!

EMPEZANDO LA HISTORIA

Comenzó sin preaviso, gracias a las órdenes emanadas desde arriba, del propio capitán de la compañía, un jefeazo de bigotes tipo manubrio de bicicleta y ojos celestes

como huevos de hielo, tan fanático del mate que tenía la piel medio verde.

—¡Soldados...! —bramó “el Viejo” entre chupada y chupada de la bombilla—. ¡Ustedes, que son los más preparados, van a formar el pelotón compañía...! ¡Serán estafetas...! Encargados de asegurar las comunicaciones entre las tropas en maniobra...! ¡Una tarea muy importante... vital...vital!

Un chupón a fondo seco que hizo gruñir al mate le brindó la virilidad necesaria para ordenar, con aviesa e inapelable autoridad: ¡Carrera marrr...! ¡A las caballerizas...! ¡A pedir buenos caballos...!

—¡CABALLOSSS...! ¡No sabemos andar a caballo, mi capitán...! —gritamos a coro de cinco voces, en un alarido que sonó como el de las moscas moribundas en la propaganda de los insecticidas...

Cual Dios del Olimpo, alto, flaco, imperturbable, nos apuntó con la bombilla, reclamando silencio y obediencia inmediata:

—¡Carrera marrr...! ¡A las caballerizas...! ¡Un soldado zapador nunca tiene problemas...!

CONOCIENDO A RAMONA

Mediante tan desafortunado expediente hice contacto con Ramona. Me la confió el sargento caballerizo el mismo día de la partida hacia Puerto Vélaz, en la frontera con Formosa, que sería escenario del ejercicio. No era el animal que yo había elegido, un cuadrúpedo veterano de mirada amigable. Por suerte, Ramona venía ya armada,

con la carrocería puesta. Montura, correajes, bridas, arneses, cojinitos, mantas, bocados y toda aquella parafernalia niquelada o bronceada que nunca pude dominar por completo, al extremo de que ahora no recuerdo si alguna vez logré hacerlo solo. Pienso que le pagaba dos cigarrillos a un compañero para que se encargara del trabajito.

—Soldado Chupete —el sargento caballerizo apareció de golpe, como un fantasma correntino surgido de la neblina—, este va a ser tu caballo. Es el mejor para vos...

—¡Sí, mi sargento...!

—¡Mansito como me lo pediste, je... je...! Sabe el camino a Formosa de memoria je... je... ¡Se llama Ramona ... je... je...!

Aunque no veía muy bien, pues el sol bostezaba apenas tras el horizonte escarchado, el asunto empezó a olerme a cachada. Especialmente porque el sargento caballerizo me guardaba cierta ojeriza desde que me pescó remendando sus particulares modismos regionales. Terminaba las órdenes y voces de mando con la interjección “¡ñácate!”, apodo por el que se lo conocía en la tropa y que lo convertía en el sujeto ideal para las imitaciones sangrientas.

Al bulto, Ramona me quedaba chica. A los otros soldados del pelotón compañía les habían dado tremendos animales y el mío parecía la cría. Esmirriada, barrigona, con ojos de vaca, belfos paliduchos y destacadas huellas de incipiente ancianidad.

EN CAMINO

—¡Atención...! ¡A caballo...! ¡MARRR...!

De inmediato, una primera desinteligencia con el jumento. Puse el pie izquierdo en el estribo, pronto a coronar mi bautismal ascenso a la cima de un caballo, pero Ramona —que me visteaba de reojo— empezó a correr la grupa en dirección contraria, de modo que me obligaba a seguirla dando saltitos de canguro renego. Debo aclarar, en beneficio propio, que mis piernas de quena no estaban hechas para sostener el peso del equipo que me habían amontonado sobre el esqueleto. Casi la mitad de mis 64 kilos de peso agregados en forma de mochila, bolsa de rancho, capote de invierno (de mangas cortisimas), fusil mauser modelo 1892, cartuchera con balas, casco de acero, bayoneta, caramañola, frazada y paño de carpa cruzados en bandolera, amén de una pala zapadora. Todo sujeto con correas varias que apenas me dejaban respirar. Providencialmente, manos anónimas interrumpieron el indetenible derrapar en redondo y, por fin, me encontré convertido en jinete. Desde ese instante, pasé a ser, en vez de aguerrido defensor de la Patria, un pobre hombre sometido a doloroso rebotar. Ramona para arriba, yo para abajo, en desgraciados encuentros que no necesito explicar. Más adelante descubrí el secreto salvador de los centauros criollos, que me permitió cierto desahogo. Acorté los estribos y monté “de parado”, mezcla de indio “bombero” y Leguizamo, mientras me aferraba con uñas y dientes del arzón de la montura.

SIGNOS INQUIETANTES

A los pocos kilómetros, luego de algunos trotes y galopes que pusieron por el piso la escasa moral del pelotón compañía, empezaron a surgir de los pulmones de Ramona los acordes desafinados de una orquesta de flautas, a la vez que flaqueaba el paso sincopado que le era propio. Consulté la novedad con Gauto, cuya habilidad para ensayar un envidiado “trote inglés” lo hacía sospechoso de entender en la materia.

—Ché Gauto... ¡Esta yegua pierde aire...! ¡Hace ruidos raros...!

—¡Dejate de embromar...! ¡Habrás comido demasiado pasto...!

Me fui retrasando. A la altura del Río Negro, la bizarra 11 Compañía de Zapadores creaba nubecitas de polvo en la distancia. Pensé volverme a los cuarteles pero, equivocado, no lo hice. En cambio, intenté llegar hasta las orillas de la oscura corriente con el objeto de permitir que Ramona saciara la sed que parecía sentir, según la inexperta traducción de sus males que imaginé a tontas y locas. Apenas encaró la empinada pendiente, los remos delanteros de mi compañera de viaje claudicaron y tuve que anotar la primera de las rodadas que se harían frecuentes después. Aterrizamos en el blando barro primordial en un apretado revoltijo castrense. Para mi desencanto, por más que lo intenté, se negó a beber. Tuve que remolcarla, tirando de las riendas, para regresarla al camino. Cuando lo logramos, ambos respirábamos jiii... jiii... al unísono, como locomotoras con los émbolos pinchados.

¡VAMOS, TODAVÍA...!

Camiones “canadienses” y jeep Willys militares pasaban repasan a nuestro lado, sin detenerse, tal vez creyendo que cumplíamos en soledad alguna secreta operación estratégica. No me hubiera costado nada solicitar ayuda. Pero no quería que Ñácate se apuntara un tanto de media cancha. Si salí a caballo, llegaría a caballo, cueste lo que me cueste...

—¡Vamos, Ramona...! ¡Despacito, vieja...! —la alentaba sin resultados visibles.

Arruinada como estaba, Ramona demostraba poseer un espíritu caballunamente independiente que la llevaba a emprender acciones inapropiadas para sus escasos tributos atléticos. Se lanzaba de pronto en desenfrenados galopes, que terminaban indefectiblemente derrumbados en cualquier zanja, cuerpo a tierra jinete y cabalgadura en indisoluble camaradería. Así, kilómetro tras kilómetro. ¡Arriba...! ¡Galope...! Jiiii... Jiiii... ¡Al suelo...!

—¡Maldita Corrientes...! ¡Maldito Ñácate...! ¡Remaldita Ramona...! —recriminé muchas veces al viento y al camino cada vez que las sinrazones de mi destino desembocaban en un golpe de padre y señor nuestro... En ocasiones, salían a contemplar los ruinosos resultados del desastre los callados niños campesinos, los adultos que trataban de revivir a la yegua desmayada y las viejecitas que me sacudían el polvo de la ropa, mientras balbuceaban indefectiblemente a modo de conmisericordia y consuelo: “Angá... ¡Pobre soldadito...! ¡Te salió un chichón en la cabeza...”. Con los perros, la situación se volvía peliaguda. Le ladraban a Ramona. Ramona se

asustaba, se lanzaba a galopar y yo me preparaba para el próximo aterrizaje...

Abreviando, diré que llegué al campamento a la caída del sol.

ARRESTADO...!

No bien traspasé los lindes del cerco de ramas espinosas que delimitaban provisoriamente el sector destinado a potrero, la voz del Taragüí me frenó en seco:

—¡Soldado Chupete...!

—¡Ordene, mi sargento caballerizo...!

—¿Dónde se había metido...?

—¡Me perdí, mi sargento...! ¡Me indicaron mal en el cruce...!

—¡Reclutón...! ¡Anótese cinco días de arresto para que aprenda a preguntar...!

—¡Sí, mi sargento...!

—¡Carrera marr...! ¡A rasquetear la yegua hasta que quede brillante...! ¡Ñácate...! ¡Ñácateeee...!

Como no di el brazo a torcer, los días siguientes tuvieron similar libreto. El desplazamiento de una columna militar como la que yo integraba en aquellos tiempos, se descomponía en una serie de cortos avances y calculados períodos de descanso, obligados por el uso de caballos para arrastrar los pesados carros “pontoneros”. Normalmente, rara vez se cubrían 40 kilómetros en una jornada. Así, gracias a las imposiciones de la “tracción a sangre”, sumé campamentos, kilometrajes...caminatas... ¡y arrestos! Por su lado, Ramonita, en plena decadencia, preparaba una silenciosa salida de escena.

ÚLTIMO ACTO

Sucedió cerca de General Vedia, próxima parada en la marcha hacia Puerto Vélaz. Simplemente, con cuadrúpeda dignidad, Ramona se dejó acunar por unos pastizales y silenció sus jii... jiii... de manera incorregible. Le quité la montura y los cabestros, para que trote libremente por los campos del cielo y me alejé sintiendo un sordo dolor en el corazón. ¡Pese a tanto maldecirla, llegué a querer a la que fue, a la postre, “mi yegüita...”!

Ya en un nuevo campamento, a eso de las 10 de la noche, me presenté ante el jefe de la compañía y le comuniqué la novedad.

—¡Tuviste que despertarme para esta pavada...! ¿No pudiste esperar hasta mañana, Chupete...? ¡Anotate cinco días de arresto...!

—¡A la orden, mi capitán...!

TELÓN

Regresamos a los cuarteles en diciembre. La revolución del 16 de septiembre cortó las maniobras. A mi pelotón lo enviaron a Villa Ángela, donde cumplimos funciones policiales durante tres meses.

Ñácate, paciente, esperaba mi regreso a Resistencia.

—¡Soldado Chupete...! —me saludó con fingida cordialidad al reencontrarnos en la base de La Liguria. ¡Soldado Chupete...! ¡Le estás debiendo un caballo al Ejército Argentino...! ¡No lo devolviste...! ¡Nos falta en los registros...! ¡El mejor de nuestros caballos...! ¡Ñácateee...!

—Pero... mi sargento... ¡El caballo se murió...! ¡Yo le di cuenta al capitán...!

—¿Y el casco...? ¿Dónde está el casco...?

—¿Qué casco, mi sargento...?

—¡El casco donde está grabado el número del caballo, para control...! ¡Sin el casco no se lo puede dar de baja...!

—¿¿¿???

—¡Te lo anotaré a cargo...! ¡Carrera marr...! ¡Ñácate, Chupete reclutón...!

—¡Sí, mi sargento...!

Por eso, cuando Ramona me visita por las noches enfebrecidas, me obligo a injertar en mis sueños largas formaciones de sargentos caballerizos y los hago ranear hasta que me despierto sudando. ¡Ñácate...!

Sin fecha

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| La última foto de Salvattore | 7 |
| Una chaqueña en el Ballet de París | 11 |
| Yo te vi en hora suprema | 17 |
| El misterioso Paranacito | 21 |
| ¿Fue, en verdad, el primero? | 25 |
| Historia de la devaluación | 29 |
| Ajedrez y política no compatibilizan | 35 |
| Una emisora de onda unipersonal | 39 |
| Un momento mágico | 43 |
| El accidente y las cosas frágiles que desnudó el Puente Belgrano | 47 |
| El barco de la selva | 51 |
| La reducción de huesos; una ceremonia macabra | 55 |

| | |
|---|-----|
| Absurdo: un colectivo vacío repleto de pasajeros parados | 59 |
| ¡Viva Pepe Primero, rey del Chaco! | 63 |
| Carlos Menem: ¿es un “sapipi”? | 79 |
| Falta la voz de Adolfo R. Becker | 85 |
| Como turcos en la neblina | 91 |
| ¡Chocolate por la noticia...! | 97 |
| Se cierra el bar “La Estrella” | 103 |
| Los Velázquez. Un último sapucaí. | 109 |
| La ciudad en rosa | 115 |
| Entre palmeras y bancos | 119 |
| Movida historia de los monumentos peronistas de la década de los 50 | 123 |
| Para un caballo que galopa en mis sueños | 131 |

